

EDICION EXTRA

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula - ISSN 0328-221X - N°56, Buenos Aires, Invierno 2004 \$7

COLOQUIO INTERNACIONAL

La izquierda democrática y la integración regional



Edgardo Mocca • Gerardo Caetano • Eduardo Hecker • Pablo Bustos • Ricardo Mazzorín • Marco Aurelio García • Jaime Gazmuri • Chacho Álvarez • Emilio De Ipola • Juan Carlos Portantiero

En este número

En su vigésimo aniversario, y con el propósito de aportar al intercambio de ideas y experiencias entre políticos e intelectuales del campo progresista de la región, el Club de Cultura Socialista José Aricó organizó, con el auspicio del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y de la Fundación Friedrich Ebert, el coloquio internacional "La izquierda democrática y la integración regional". Participaron destacadas figuras de Brasil, Chile, Uruguay y la Argentina y sus intervenciones en los dos paneles de la reunión integran esta edición extraordinaria, que publicamos por dos razones. Por un lado, por la excelencia de las exposiciones, comprometida contribución a una de las cuestiones centrales de la agenda de la centroizquierda. Por otro lado, como un homenaje de *La Ciudad Futura* a la enconiable labor que ha venido desarrollando el Club de Cultura Socialista a lo largo de dos décadas. El sólo transcurrir del tiempo daría sobrada cuenta de un mérito poco común en organizaciones de este tipo en nuestro país, particularmente en el empobrecido campo de la izquier-

da y el socialismo. Pero la vigorosa presencia de tan querida institución también se manifiesta en este coloquio internacional, cuya jerarquía no hace más que coronar la persistente propuesta del Club en sus vienes de conferencias y debates, con la participación de figuras de extraordinaria valía. Y es suficientemente ilustrativa en tal sentido la nómina de expositores de este año: Juan Carlos Portantiero, Mónica Hirst, Alejandro Bonvecchi, Vicente Palermo, Chacho Álvarez, Ricardo Mazzorin, Guillermina Tiramonti, Luis Beccaria, Martín Sabateta, Claudia Hilib, Luis Alberto Romero, Hilda Sabato, Isidoro Chersky, Hugo Vezzetti, Jesús Rodríguez, Carlos Altamirano, Laura Golbert, Denis Merklein, Mario Wainfeld y Edgardo Mocca. Un compromiso con la renovación de ideas, fiel al mandato original, porque, como se afirmó en 1984: "(...) las posiciones socialistas no superarán su colocación periférica en el escenario nacional ni su reiterada tendencia a la disgregación e incapacidad política si no abren paso a una nueva reflexión teórica y a una nueva cultura política en el área de la izquierda". *OP*

Sumario

LA IZQUIERDA DEMOCRÁTICA Y LA INTEGRACIÓN REGIONAL

Convocatoria	3
Edgardo Mocca: Las responsabilidades de la izquierda y las fuerzas progresistas en el Cono Sur	4
PRIMER PANEL: ¿CRISIS DE UN PARADIGMA? ECONOMÍA Y POLÍTICA, EN EL NUEVO ESCENARIO REGIONAL	
Gerardo Caetano: Una nueva institucionalidad para una nueva agenda del MERCOSUR	5
Eduardo Hecker: Están en juego nuestra inserción en el mundo y el modelo de país y democracia	11
Pablo Bustos: La crisis de la globalización neoliberal y el actual escenario abierto en la región	14
Ricardo Mazzorin: Oportunidades y riesgos que abre la alternativa de un nuevo MERCOSUR	19

Ilustraciones: En esta edición se publican trabajos del Movimiento Madi Internacional. El Madi histórico tuvo su origen en la década de 1940, en ambas márgenes del Río de la Plata. En 1947, el grupo se dividió a partir de la ruptura entre Gyula Kosice y Carmelo Arden Quin. Éste marchó a París, donde en 1951, junto a Wolf Rottman creó el Madi Internacional. (Tapa: Janos Szasz Saxon).

SEGUNDO PANEL: EL PROYECTO POLÍTICO DE UNA IZQUIERDA REGIONAL

Marco Aurelio García: Es necesaria una nueva cultura política en la línea de integración sudamericana	22
Jaime Gazmuri: La integración regional debe ser parte central de nuestros modelos nacionales	26
Chacho Álvarez: Un sistema de alternancia democrática frente al movimentismo totalizador	28
Emilio de Ipola: El protagonismo de la política y la construcción de un relato hacia el futuro	32
Juan Carlos Portantiero: Cómo cubrir en la Argentina la vacancia de una izquierda democrática autónoma	33

Martín Plot, Hugo Quiroga, Ernesto Semán, Pablo Semán, Lucrecia Teixido. **Comité asesor:** Emilio de Ipola, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Ricardo Nudelman, Oscar Terán. **Maqueta original:** Juan Pablo Renzi. **Administración:** Arnaldo Jüregui. **Diagramación y armado:** Viviana Mozzi. **Impresión:** Altuna impresores, Doblas 1968, (1424) Buenos Aires. **Distribución:** Siglo XXI Argentina, Tucumán 1621, 7º piso, (1048) Buenos Aires. **Registro de la Propiedad Intelectual:** N°192675. **Suscripción anual:** Argentina, \$ 25. Exterior, US\$ 30. **Cheques y giros:** a la orden de Osvaldo Pedroso.

Coloquio Vigésimo aniversario del Club de Cultura Socialista José Aricó

La izquierda democrática y la integración regional

Asistimos a una situación de crisis del paradigma que orientó el proceso de globalización durante la década del noventa. Con diferentes formas e intensidad en cada caso, nuestros países sufren en términos de vulnerabilidad económica y deterioro social los efectos de una etapa de la internacionalización del capital regida por la lógica excluyente de los mercados. El consecuente debilitamiento de los Estados y su incapacidad para asegurar condiciones mínimas para el ejercicio de la ciudadanía social por grandes franjas de la población significan, además, una amenaza directa para la vida democrática en la región.

En nuestro país, el derrumbe de la Convertibilidad arrastró al gobierno de la Alianza, emergido sobre la base de la promesa central de la reparación social y la recuperación republicana. Una crisis, inédita por su intensidad y la gravedad de sus consecuencias sociales, atravesó a la sociedad argentina. El sostenimiento, aunque precario, de la institucionalidad democrática, permitió una salida electoral cuyo desenlace —en contra de la mayoría de las previsiones— abrió un proceso de reformas sociales, políticas e institucionales, así como de recuperación de expectativas en nuestra sociedad.

La nueva escena política argentina se inscribe, además, en un contexto de cambios políticos que comprende a la región. La posibilidad de enlazar la voluntad reformista de un conjunto de gobiernos crea

nuevas condiciones para pensar y ejecutar una estrategia común de inserción en el mundo, signada por el objetivo de asegurar el desarrollo económico, social y político de cada uno de nuestros países. En los últimos meses ha quedado demostrado en diversas instancias de negociación internacional que la unidad de acción en el área y la articulación con otros países en desarrollo pueden modificar los términos de la discusión de la agenda global. Las fuerzas de izquierda democrática estamos convencidas de que la posibilidad de avance hacia sociedades plenamente democráticas y socialmente inclusivas solamente es concebible en el marco de procesos que trasciendan las fronteras de los Estados nacionales. El desarrollo de los procesos de regionalización constituye un eslabón esencial para responder al desafío de la globalización con una perspectiva de desarrollo e igualdad social. Al mismo tiempo, es en circunstancias de crisis como las actuales en las que se pone en evidencia el déficit en el intercambio político entre los integrantes de la diversa familia de partidos y fuerzas de izquierda en nuestra región.

El coloquio que el Club de Cultura Socialista José Aricó ha organizado en ocasión del vigésimo aniversario de su fundación, pretende ser un aporte a esta necesidad de intercambio regular y sistemático entre políticos e intelectuales del campo progresista de nuestros países.

Participantes

Primer panel: ¿Crisis de un paradigma? Economía y política, en el nuevo escenario regional.

- Gerardo Caetano (Director del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de la República, Uruguay)
 - Eduardo Hecker (Presidente del Banco Ciudad, Buenos Aires)
 - Pablo Bustos (Director de Proyectos de la Fundación Friedrich Ebert)
- Coordinación:** Ricardo Mazzorin (Club de Cultura Socialista José Aricó)

Segundo panel: El proyecto político de una izquierda regional.

- Marco Aurelio García (Asesor de la presidencia de la República de Brasil)
- Jaime Gazmuri (Vicepresidente del Partido Socialista de Chile, Vicepresidente de la Cámara de Senadores)
- Chacho Álvarez (Director del Centro de Estudios Políticos, Económicos y Sociales de la Argentina, CEPEs)
- Coordinación: Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero (Club de Cultura Socialista José Aricó).

La Ciudad Futura

Moreno 1785, 6º piso, (1093) Buenos Aires, teléfonos 4372-3663 y 4805-0826, e-mail: opedroso@ciudad.com.ar.

Director fundador: José Aricó (1931-1991). **Directores:** Juan Carlos Portantiero y Jorge Taia. **Editor:** Osvaldo Pedroso. **Consejo de redacción:** Gerardo Abov Carlés, Gerardo Adrogo, Alejandro Bonvecchi, Fabián Bosser, Sergio Bufano, Franco Castiglioni, Horacio Crespo, Hernán Charosky, Sebastián Etchemendy, Javier Franzé, Marcelo Leiras, Ricardo Mazzorin, Edgardo Mocca, Guillermo Ortiz, Vicente Palermo,

Presentación del Presidente del Club de Cultura Socialista José Aricó

Las responsabilidades de la izquierda y las fuerzas progresistas en el Cono Sur

Edgardo Mocca

Quiero darles la bienvenida a todos los presentes y expresar un especial agradecimiento a la Fundación Friedrich Ebert de la Argentina, en la persona de Alfred Stoll, su presidente, y al Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en la persona de Daniel Rosso, Secretario de Comunicación Social, cuyo respaldo permite la realización de este evento.

Este coloquio internacional es el noveno de esas características que organiza el Club de Cultura Socialista José Aricó. Significa que no estamos dando comienzo a una actividad extraordinaria. Al mismo tiempo, este encuentro se inscribe en la celebración del vigésimo aniversario de la constitución del Club. Son los veinte años de vigencia de la democracia en la Argentina. No es solamente la cronología lo que une al Club con esta recuperación democrática; hemos vivido los sueños y atravesado las peripecias de la democracia en estos veinte años. Hemos participado en sus expectativas y sufrido sus frustraciones. El Club no ha declinado nunca su voluntad de ser un protagonista activo en el campo político-intelectual; un protagonista, ciertamente no neutral sino comprometido decididamente en la defensa de los valores de la democracia, la igualdad y el pleno ejercicio de la ciudadanía.

Permítanme que ya no como presidente, sino como temprano admirador de esta institución, y con el paso de los años también participante activo, exprese mi profundo agradecimiento y mi profunda valoración a aquellos hombres y mujeres, a aquellas destacadas personalidades del mundo de la cultura, del mundo de las ideas argentinas, que tuvieron en 1984 la feliz idea de inaugurar este Club. No quiero hacer una enumeración que siempre termina siendo injusta, y tendenciosa, pero quiero

resumir este homenaje y esta expresión de admiración, en el nombre del querido y recordado José Pancho Aricó.

Estoy convencido de que los aportes de los fundadores del Club de Cultura Socialista, y de muchos otros que se incorporaron a la actividad de la institución durante estos años, serán puntos de referencia obligados a la hora de pensar, a la hora de intentar explicar las difíciles circunstancias de estas dos décadas de democracia. Estoy también seguro de que muchos de los centenares de conferencias que a lo largo de todos los viernes ha organizado el Club de Cultura Socialista, los "viernes del Club", componen en su conjunto un cuadro, un relato crítico, valioso, para la interpretación de este período desde el punto de vista de la izquierda democrática. Queremos, en este sentido, tomar públicamente el compromiso de contribuir a ordenar y editar por lo menos lo más actual de ese legado del Club de Cultura Socialista. Creemos que no es solamente una obligación para con nuestros socios y amigos, sino que es un compromiso con todas las fuerzas democráticas del país.

Entonces, el Club celebra sus veinte años como corresponde a su naturaleza, como corresponde a su razón de ser, promoviendo el debate, reuniendo como en esta noche, parte de lo más destaca-



JOEL FROMENT

do del mundo político e intelectual de la región, para pensar en común nuestras circunstancias. Y cuando digo "nuestras", estoy pensando en ese nuevo nosotros que estamos construyendo con los países hermanos. En este caso vamos a discutir cómo pensar y actuar, desde la izquierda democrática de la región, en las condiciones de un proceso de integración como el que estamos viviendo. No se trata de un problema exterior. No es de política exterior de lo que vamos a hablar en esta jornada. Estamos convencidos de que los procesos de regionalización política constituyen un horizonte de enormes posibilidades para el desarrollo de la democracia y la igualdad, que son, como dije, los valores centrales que rigen la actividad del Club.

Estamos seguros de que fuera de esta perspectiva de integración regional, no queda otra alternativa para nuestros países que no sean el aislamiento y el atraso o el sometimiento a una concepción fundamentalista de mercado. De tal manera, creemos que no hay desarrollo posible para una izquierda democrática, confinada en los estrechos marcos de los Estados nacionales. La disputa por el tipo de globalización es, también, un signo distintivo de la identidad y de la diferencia entre las fuerzas reformistas y las fuerzas conservadoras. Por eso estamos haciendo este coloquio, soñando quizá con un sujeto que todavía no existe, pero correspondería a las necesidades de la época. Estamos soñando, pero también pensando y trabajando para la generación de una izquierda democrática regional. Éste es el objetivo con el que hacemos el coloquio. Para eso, para pensar las responsabilidades comunes de la izquierda y las fuerzas progresistas de la región, hemos convocado a destacados expositores y comentaristas cuya presencia agradecemos sinceramente.♦

Primer panel

¿Crisis de un paradigma? Economía y política, en el nuevo escenario regional

La hora de una nueva institucionalidad para una nueva agenda del MERCOSUR

Gerardo Caetano

Antes que nada agradezco al Club de Cultura Socialista, al Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y a la Fundación Friedrich Ebert la invitación para estar hoy aquí. Quiero decirles que me siento muy a gusto por estar entre amigos, con quienes compartimos muchas ideas y proyectos. Pero además, deseo señalar que me convoca muy especialmente el tema de esta jornada, que considero un aspecto absolutamente central de nuestras agendas cívicas y progresistas que, por cierto, ya no pueden ser agendas nacionales, sino agendas que van más allá de las fronteras.

Me gustaría trabajar en torno a dos cuestiones de manera articulada, pues creo que así lo amerita. La primera hipótesis que me gustaría manejar es que en la coyuntura actual el MERCOSUR tiene una oportunidad histórica para reformularse en varios aspectos y para configurar, de alguna manera, una respuesta más sólida y efectiva ante un contexto internacional muy desafiante. Esto puede sonar trivial pero no lo es, pues todavía permanecen en nuestros países actores, algunos con altas responsabilidades de gobierno o desde posiciones relevantes en el ámbito privado, que siguen pretendiendo –vanamente a mi juicio– contestar las interpelaciones que sufren nuestros países en solitario. Y lo digo desde un país como Uruguay, que tiene y ha tenido, desde hace mucho tiempo, cierta vocación isleña que le ha hecho mucho daño.

La segunda hipótesis que quisiera

trabajar es que esta oportunidad, cuyo desenlace no es ineluctable –ni en un sentido positivo ni negativo, porque el éxito no está asegurado, pero tampoco estamos condenados al fracaso–, depende de lo que hagamos, depende de lo que podamos hacer, de modo especial sobre algunos tópicos que yo incluiría en lo que llamaría "la agenda corta" o "prioritaria" para el MERCOSUR en el corto plazo. En esa dirección deseo detenerme en una proble-

mática que juzgo como central: el imperativo de una reformulación negociada de la institucionalidad del MERCOSUR, como sustento y como instrumento indispensables para una nueva agenda que convoque a la construcción de un nuevo modelo integracionista, esencialmente distinto al desarrollado en los años 90 y que ha colapsado en los últimos tiempos.

Parto del señalamiento para una premisa teórica fundamental para el desarrollo que quiero esbozar a continuación: a mi juicio, cuando uno discute distintos formatos de institucionalidad en un proceso de integración, está discutiendo entre modelos diversos de



JEAN-CLAUDE FAUCON

integración regional. Y esto creo que se confirma muy claramente en la historia del MERCOSUR. Por cierto, hay una prehistoria del MERCOSUR, que se podría hacer muy larga, porque como historiador puedo empezar muy lejos, pero la voy a hacer corta. Creo que en el Acta de Foz de Iguazú, de noviembre del año 1985, entre los entonces presidentes Sarney y Alfonsín, se prefiguró un MERCOSUR bastante distinto al que luego se concretó en el Tratado de Asunción, de marzo de 1991. Ese "otro" MERCOSUR que no fue, en varios aspectos se parece mucho más al que despunta desde las apuestas que para una transformación integral del bloque se proponen desde 2002 y 2003. Alquel acuerdo Sarney-Alfonsín apuntaba a una institucionalidad y a una agenda integracionistas

mucho más globales que las que luego se concretaron en 1990 y 1991.

El cambio de rumbo, como más de una vez se ha señalado con acierto, coincide con los cambios de gobiernos en la Argentina y Brasil. Para decirlo de modo sintético, el modelo de MERCOSUR "fencio" y casi exclusivamente orientado a lo comercial, con una institucionalidad fuertemente intergubernamentalista y de baja intensidad que le eran funcionales, comenzó a gestarse muy claramente en julio de 1990, en la llamada Acta de Buenos Aires, firmada por Collor de Melo y por Menem. Esta iniciativa de Brasil, que se articulaba con la Argentina, luego recibió la inmediata incorporación de Uruguay, que desde el nuevo gobierno liderado por el Presidente Lacalle advirtió las fuertes con-

secuencias negativas que arrojaría un acuerdo Argentina-Brasil que aislara a Uruguay y a los demás países de la región. En su incorporación, Uruguay convocaba a que hicieran lo mismo Paraguay y Chile, a los efectos de equilibrar mejor las asimetrías inculcables del bloque a crearse. Sin embargo, como era harto previsible, la incorporación de Chile en las condiciones previstas resultaba absolutamente imposible, por la diversidad total de los grados de apertura alcanzados por su comercio. Paraguay sí se incorpora y finalmente llegamos a la firma solemne del Tratado de Asunción, el 26 de marzo de 1991.

Como han estudiado, entre otros, Bouza y Soltz, en su trabajo *Instituciones y mecanismos en procesos de integración asimétricos: el caso MERCOSUR*, el Tratado de Asunción presenta originalmente ciertos rasgos definitorios. En primer lugar, apostaba a una institucionalidad netamente intergubernamentalista y a un perfil integracionista sólo comercial, rasgos profundamente articulados dentro de las orientaciones básicamente liberales de los gobiernos y presidentes firmantes del acuerdo. Se apostaba a un formato de institucionalidad con un intergubernamentalismo extremo, que algunos autores no han vacilado en calificar de interpresidencialismo. Esa orientación básica resultaba muy fuerte y visible, reciosa por igual de la precisión de reglas o procedimientos, al estilo de lo que caracterizó la institucionalidad del NAFTA, por ejemplo, pero de modo muy particular totalmente contraria ante cualquier esbozo de evolución supranacional, al estilo de la Unión Europea. Y esta institucionalidad de baja intensidad se articulaba muy bien con un proyecto integracionista que apostaba exclusivamente a lo económico comercial, con tópicos de prioridad excluyente como la progresiva eliminación de aranceles, la definición de un régimen general de normas de origen, salvaguardas para prácticas desleales en el comercio intrazona y ciertos plazos para la implementación de un mecanismo de solución de controversias.

Como también han destacado, entre otros autores, Bouza y Soltz, el formato institucional presente en el Tratado de Asunción ofrecía tres rasgos definitorios de las aspiraciones y voluntades de los Estados: a) un voto sesgo intergubernamental de los órganos decisorios del bloque (la creación en el último artículo 24° del Tratado, luego de haberle puesto nombre al bloque y como señal inequívoca de un olvido, de un vago organismo a crearse en representación de los Parlamentos de los países asociados, revela casi anecdóticamente esta orientación); b) la definición tácita de que los acuerdos integracionistas tendrían el alcance de "Actos legales incompletos", sin el desarrollo de una normativa MERCOSUR que pudiera ostentar la condición de algo cercano a un Derecho Comunitario (con la consiguiente inseguridad jurídica, agravada por las asimetrías constitucionales y jurisdiccionales de los países socios, con la tentación, a menudo concretada, del incumplimiento de lo acordado y con la anticipación de una más que problemática internalización de normas integracionistas dentro de los derechos y leyes de proyección nacional); y c) "la ausencia de un órgano jurisdiccional autónomo y propio del bloque", lo que se traduciría en la configuración de mecanismos de solución de controversias extremadamente flexibles y morosos, orientados a la negociación gradual y a veces poco menos que interminable de los gobiernos (todo lo cual no sólo iba a configurar junto con los otros rasgos un caso nítido de "déficit democrático" en la institucionalidad y en el funcionamiento cotidiano del bloque, sino que iba a generar, tarde o temprano, la crisis de la eficacia socioeconómica de los acuerdos, en particular cuando los contextos internacionales se volvieran desfavorables).

El Protocolo de Brasilia de diciembre de 1991, centrado en la definición de un régimen transitorio para la solución de controversias, optó finalmente por la vía de la constitución de tribunales arbitrales *ad hoc* de jurisdicción obligatoria, régimen que el tiempo

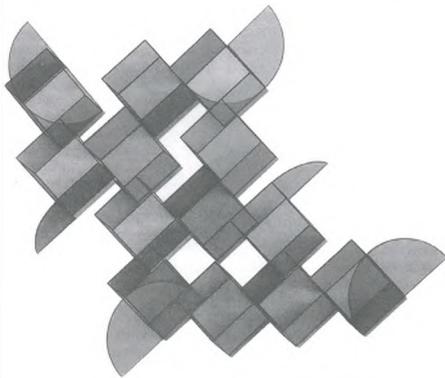
verificó como claramente insuficiente y poco efectivo en la práctica. En diciembre de 1994 se firmó, por su parte, el Protocolo de Ouro Preto, que estableció —por lo menos en las palabras de lo acordado— "un régimen definitivo hasta que se produjera la convergencia plena del arancel externo común". Con sus 53 artículos y su anexo, este Protocolo implicó avances pero no varió en lo sustantivo la orientación intergubernamentalista originaria: se incorporaban algunas innovaciones institucionales de alcance restringido (a nivel de la creación formal de órganos consultivos con atribuciones menudadas como la CPC y el FCES), se profundizó en torno a la personalidad jurídica del bloque y se mejoraron un tanto los mecanismos de solución de controversias.

Cambios en el escenario internacional

Esta institucionalidad pudo funcionar sin mayores problemas hasta 1996, en un contexto internacional en donde primaban las llamadas reformas de primera generación (privatizaciones, desregulaciones, etcétera), se daban

gobiernos regionales que colugnaban en una común filosofía de economía liberal (aunque con matices), y dentro de un panorama de mercados financieros internacionales de gran fluidez, que una vez más originó en la región una recaída en viejos espejismos (apreciación de la moneda, convertibilidad de uno a uno en el caso argentino, creciente endeudamiento para financiar consumo, apertura restringida a los llamados capitales golondrinas, promesas exorbitantes de rentabilidad para los depósitos y para los tenedores de bonos nacionales, etcétera). Y en el marco de tales condiciones, este primer MERCOSUR tuvo éxito, aumentó el comercio intrazona y, sobre todo en algunos años, hubo un verdadero *boom* de incorporación de inversión extranjera directa.

Sin embargo, ya en 1997 y 1998, aunque tímidamente, comenzaron a observarse cambios en el contexto internacional y regional que permitían avizorar el peligro de una crisis inminente, con vastas consecuencias a todo nivel. Las deslealtades y los contenciosos internos cada vez más frecuentes se consolidaron como señales desalentadoras en lo que refiere a una profundi-



PIERGORGIO ZANGARA

CEDIno

BUENOS AIRES debate

Plan Estratégico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires

La cultura, en un sentido amplio, es diálogo y reflexión colectiva. Es una ciudadanía activa y responsable. Es la revalorización de lo público, y la recuperación de nuestra identidad y nuestra historia. Es la búsqueda de una Ciudad mejor para todos.

El Gobierno de la Ciudad organiza una serie de encuentros abiertos para discutir juntos el perfil cultural de Buenos Aires.

➤ Primer ciclo
"Ciudad, cultura y calidad de vida"
 Paneles en el Centro Cultural San Martín
 Del 24 de Agosto al 28 de septiembre
 Sarmiento 1551 - Sala E - de 18:30 a 20 hs.

➤ Debate en los barrios
 Jueves - 19 a 21 hs.
 Sábados - 11 a 13 hs.
 Lugares de encuentro: Bares, Centros Culturales y Parroquias.

más información en
www.buenosaires.gov.ar

gobBsAs

SECRETARÍA DE CULTURA

zación del bloque. Pero la institucionalidad intergubernamentalista y el modelo "fenicio" terminaron de eclosionar precipitadamente cuando el contexto internacional y regional hizo detonar la ya endeble situación de los dos años anteriores. En enero de 1999 Brasil, con la forzosa devaluación del real, marcaba un desacomodo radical de la competitividad del comercio intrazona. A eso siguió la grave crisis política paraguaya de marzo de 1999, a la que continuó una salida tan transitoria como frágil, con los difíciles años de agonía y creciente aislamiento del gobierno de González Macchi, que sin duda restaron peso político a ese país en las decisiones del bloque. Con la inauguración del nuevo gobierno de la Alianza entre la UCR y el Frepaso, que muy rápidamente dilapidó el capital de adhesión ciudadana que le había dado la elección ganada en 1999, la Argentina apostó a la continuación del régimen de Convertibilidad, con un seguidismo tan ortodoxo como incomprensible desde el Uruguay, proceso que finalmente explotó con los trágicos sucesos de diciembre de 2001, en el marco de una historia dramática que por cierto no necesito narrarles a ustedes. Y, como ha ocurrido tantas veces en la historia, al Uruguay la explosión le llegó un poco más tarde, pero esta vez no lo hizo amortiguadamente. Con el Presidente Batlle cometiendo con extremismo todo el decálogo de errores que un primer mandatario puede cometer, sobre todo en un contexto de crisis y en el plano internacional, Uruguay, pese a la vocación isleña una vez más invocada desde las alturas del gobierno cual "lámpara de Aladino" o vaya a saber desde qué otro designio, ingresó también en un colapso de una envergadura tal vez inédita en su pasado.

Hasta aquí la historia reciente de la crisis. Desde entonces, luego de una etapa en la que no se pasó de una retórica del "relanzamiento" del bloque, se llega a 2002, año en el que ubico una iniciativa realmente nueva y con efectiva voluntad política para superar la crisis del MERCOSUR desde un cambio radical de modelo integracionista, con una institucionalidad y una agenda

completamente diferentes. Este efectivo giro pro MERCOSUR, que se inició en Itamaraty y que rápidamente fue respaldado por la Argentina de la transición de Duhalde, se insertaba en un contexto internacional completamente nuevo, en especial luego del 11 de septiembre: agudización de la tensión unilateralismo/multilateralismo, reubicación de Brasil y del MERCOSUR en el contexto internacional, presión por el ALCA, acercamiento con la CAN, agravamiento de los pleitos en los organismos multilaterales (OMC, ONU), reconocimiento interno y externo del valor de la personería internacional del MERCOSUR, entre otros factores no menos relevantes.

Este giro venía a retomar la renovada vigencia de las visiones críticas que desde mucho antes de la crisis de 1999 habían proclamado organizaciones e instituciones de la región: en especial a partir de los pronunciamientos de la Coordinadora de las Centrales Sindicales del MERCOSUR (fundada en 1986, con precedencia del MERCOSUR), con el acompañamiento de la red Mercociudades, del FCES y de la CPC. Las críticas resultaban convergentes: déficit democrático, visión estrictamente arancelaria de la acción del bloque, falta de protagonismo de la sociedad civil, deslealtades en el cumplimiento de los acuerdos, falta de voluntad política para profundizar acuerdos, falta de dimensión parlamentaria, inseguridades comerciales y jurídicas. Todo ello llevaba a una propuesta global de cambio, tanto de agenda como de formato institucional, en el marco de la promoción de un cambio de modelo para el MERCOSUR.

No resultó casual que estos esbozos en una propuesta de reformulación institucional y de nueva agenda del MERCOSUR se consolidaran en el año 2003, cuando en tres de los cuatro Estados Partes cambian los gobiernos y se produce una reorientación de sus políticas, tanto internas como externas, convergentes en una modificación real del proceso de integración regional. En las tres elecciones que se dan entonces en la región, en Brasil en 2002 y en la Argentina y Paraguay en

2003, ganan los candidatos más "promercosureños", lo que entre otras cosas significaba que el MERCOSUR retornaba con vigor a las agendas públicas nacionales. Los presidentes comienzan a reunirse con mayor asiduidad y proclaman declaraciones conjuntas que ya incorporan el nuevo programa. Se producen transformaciones muy importantes a nivel de la institucionalidad: se comienza el proceso de transformación de la Secretaría Administrativa del MERCOSUR en una Secretaría Técnica, con proyección política; se comienza a reforzar el rol de la CPC y a discutirse la conformación de un Parlamento del MERCOSUR; se aprueba el Protocolo de Olivos en febrero de 2002, con la creación de un Tribunal Permanente de Arbitraje; se crea la Comisión de Representantes Permanentes del MERCOSUR y se nombra al ex Presidente Duhalde como su titular. Todo ello se da con el impulso inegable del acercamiento programático entre la Argentina y Brasil (refrendado especialmente en el llamado Consenso de Buenos Aires, de octubre de 2003), al que se alinea informalmente el gobierno paraguayo y que resiste el gobierno uruguayo presidido por Batlle.

Temas de una nueva agenda

Allí comienza a discutirse en serio una nueva institucionalidad, como soporte de una nueva agenda y de un nuevo modelo de integración regional. ¿Cuál es la nueva agenda, ya esbozada por los críticos del MERCOSUR anterior, que se consolida a través de múltiples documentos, y en particular en la Cumbre de Asunción de mediados de 2003? Vale la pena detenerse un instante en lo acontecido en esta última Cumbre y sobre todo en tres documentos allí presentados: la propuesta de Brasil "Objetivo 2006", la propuesta argentina sobre "El Instituto Monetario del MERCOSUR" y la propuesta de Paraguay sobre "Tratamiento de asimetrías". En esos tres documentos se perfila una nueva agenda que nos habla de un MERCOSUR integral, no solamente comercial, y

que incorpora en serio el tema de la nueva institucionalidad.

¿Cuál podría ser el listado sucinto de los titulares de esta nueva agenda? Hagamos una pequeña reseña: coordinación macroeconómica, en particular, de las políticas cambiarias; complementación productiva, a través de los Foros de Competitividad y del surgimiento de "cadenas productivas" mercosureñas; complementación de políticas (energéticas, educativas, culturales, de derechos humanos, etcétera); complementación de infraestructuras; consolidación y aplicación efectiva de la Carta Socio Laboral; tratamiento serio de la propuesta ya acordada de libre circulación de personas; reconocimiento de asimetrías y flexibilidades, en especial con relación a Paraguay y Uruguay; negociación internacional como bloque ante terceros y en foros internacionales; estrategia comercial conjunta; estrategias de financiamiento intrazona; incorporación de nuevos socios; nueva institucionalidad, etcétera.

Ninguno de los temas de esta nueva agenda está desprovisto de problemas y de contradicciones, pues todos ellos exigen mucha negociación política y no es agradable un proceso de cambio sin conflictos y acelerado. Los obstáculos en esta dirección no resultan menores: el imperativo de las exigencias acrecentadas de sociedades nacionales profundamente heridas por la crisis; la tentación siempre presente de acuerdos bilaterales por parte de un país socio con resultados coyunturales (la última administración uruguayo lo intentó todo el tiempo en relación con EE.UU., con resultados muy menguados); las diferencias de patrones de comercialización entre las economías de los países socios; el esbozado debilitamiento de los gobiernos; los escasos avances obtenidos en los ámbitos de negociación internacional del comercio; la heterogeneidad de economías y sociedades, etcétera. Sin embargo, sin voluntarismo ni visiones ingenuas, la actual coyuntura parece perfilarse como una oportunidad a no desperdiciar.

¿Cuál puede ser el rumbo entonces?

Es el MERCOSUR de la complementación productiva, de los foros de complementación productiva. Es el MERCOSUR que necesita, desde una asunción plena de su condición de proyecto político, articular, por ejemplo, políticas activas y sectoriales, políticas energéticas, políticas fitosanitarias en materia agrícola y pecuaria, y coordinación de infraestructura, particularmente en la frontera. Es un MERCOSUR que discute en serio la libre circulación de personas, pero incorporando en la agenda la necesidad de proyectar, divulgar y consolidar un gran acuerdo en relación con la Carta Socio Laboral, que ha aprobado como documento y que reconoce derechos, pero que en las actuales condiciones se presenta como de nula aplicación y de dudosa aplicabilidad. Es el MERCOSUR que por muchos motivos, con otros bloques del mundo, debe contribuir a contestar el esquema de globalización unipolar que se consolidó después del 11 de septiembre de 2001, que tiene que actuar como blo-

que en ámbitos internacionales, en ámbitos multilaterales, a partir del reconocimiento externo de personería internacional, que puede hablar con otros bloques. Y en un contexto de pugna asimétrica entre unilateralismo impuesto y posibilidades dificultosas de un multilateralismo alternativo, la emergencia de un nuevo bloque que, por otra parte, se proyecte hacia América del Sur y hacia América latina, adquiere una dimensión de proyección internacional fuerte. Es la necesidad de actuar en la negociación internacional como un bloque ante terceros. Es la idea de defender la búsqueda de mercados, ratificando la filosofía del regionalismo abierto, pero discutiendo agendas, discutiendo por ejemplo la agenda de Singapur en la OMC, discutiendo con seriedad temas que comprometen a nuestras economías, como la nueva articulación de los organismos internacionales y sus intervenciones en el plano de las políticas nacionales, el tema de la propiedad intelectual, el de las compras gubernamentales.



ALDO FULCHIGNONI

mentales, el de la discusión de los subsidios respecto de la producción agrícola. Es el MERCOSUR que comienza a hablar de estrategias comerciales conjuntas, que busca la interacción con otros bloques, no sólo la triangulación clásica con EE.UU. y con la Unión Europea, sino que busca también negociaciones más firmes con China, Japón, Sudamérica, Rusia y los países árabes. Es el MERCOSUR que busca estrategias de financiamiento intrazona, pensadas desde la eventualidad de bancos tanto de fomento o inversiones como de un Banco Central al estilo europeo.

Incluso con una agenda más corta y viable en lo inmediato, que recorte los múltiples temas que aparecen, existe una convicción que comienza a generalizarse y que comparto plenamente: la actual institucionalidad, aun con los importantes cambios y creaciones incorporadas últimamente, no resulta idónea para la consecución de logros efectivos en ninguno de estos planos. Se trata, en suma, de un MERCOSUR que se orienta hacia una nueva institucionalidad que supere las deficiencias del MERCOSUR originario del año 1991. Y es por eso que lo que se comienza a discutir es la necesidad de un nuevo MERCOSUR que cuestione el interdependencialismo extremo, y que incorpore el tema de la evolución (no impuesta, sin hegemonismos, con mucha negociación política) hacia una tensión más equilibrada entre intergubernamentalismo y supranacionalidad. Es un MERCOSUR que ratifica y profundiza su insoslayable naturaleza de proyecto político. Es el MERCOSUR que consolida la necesaria transformación de la mera Secretaría Administrativa en una Secretaría Técnica

con proyección política, lo que requiere asesoramiento técnico y académico efectivos como los que ha comenzado a tener, capaz de ser una usina, un *grand think tank* regional, para alimentar el funcionamiento de los otros órganos del organigrama MERCOSUR. Es el MERCOSUR que comienza a discutir la creación de un Instituto Monetario que viabilice la cada vez más indispensable convergencia cambiaria, embrión de un Banco Central regional. Se trata de discutir en serio un Parlamento del MERCOSUR, que desde el fortalecimiento de la actual CPC, dé una respuesta adecuada al mecanismo de consulta acordado con el CMC en octubre de 2003, consolide la dimensión parlamentaria del proceso y sirva de cimiento sólido al nuevo Congreso Regional. Se trata también de poner en funcionamiento pleno lo dispuesto en el Protocolo de Olivos, pero también de seguir avanzando hacia la creación de un verdadero Tribunal de Justicia Regional. Es un MERCOSUR que comienza a reformular las relaciones entre los propios órganos de su formato institucional, que funda la Comisión de Representantes Permanentes, con embajadores de los cuatro países socios plenos, como ámbito permanente y de consulta cotidiana con los gobiernos y los órganos ejecutivos del bloque. Es el MERCOSUR que adquiere otra presencia y otro peso en los debates de instituciones como la OMC, que negocia acuerdos con EE.UU. o con Europa desde otras posiciones, que puede encarar con responsabilidad pero sin sometimientos su relación con los organismos internacionales de crédito.

El tiempo de mi exposición se está agotando y no quiero abusar del mode-

rador, por lo que quiero terminar reiterando las hipótesis que señalé al comienzo. No debe pensarse el MERCOSUR desde la identidad coyuntural de gobiernos que ideológicamente puedan ser más o menos afines. Es un grave error. No es la experiencia de los procesos de integración exitosos. Por cierto que el que haya gobiernos afines ideológicamente puede ayudar mucho, y va a ayudar mucho, por ejemplo en Uruguay, por ejemplo, se viene el cambio, gane quien gane, y se va a efectivizar un giro muy fuerte hacia el MERCOSUR, en especial pero no únicamente, si gana la izquierda. En las elecciones internas del pasado domingo 27 de junio, esta cuestión ha quedado clara: el favorito para ganar las elecciones nacionales sigue siendo el Encuentro Progresista, que ha demostrado un giro promercosureño muy claro, con documentos recientes muy efectivos en esa dirección; o ganará el sector antiherrerista del Partido Nacional, el sector liderado por Jorge Larrañaga, que ha tenido en relación con los temas del MERCOSUR una posición bastante cercana a la de la izquierda. Pero luego de esta digresión un poco provinciana, volvamos a lo anterior, que juzgo importante. No hay modelo institucional neutro y las coyunturas de afinidad ideológica entre los gobiernos socios ayudan a avanzar. Pero precisamente para aprovechar al máximo esas oportunidades, se debe pensar institucionalmente, hay que crear instituciones que consoliden desde la negociación política avances que sean muy difícil luego revertir. Aprendamos (sin copiar, por cierto) de los exitosos: la Unión Europea no fue formada para gobiernos socialdemócratas, democratacristianos o liberales. No hay proceso de integración de gobiernos democráticos, cuya vida natural es la de la rota-

ción en el poder y la de la incertidumbre de los resultados electorales, que pueda hacerse articulado con una propuesta ideológica cerrada.

Por eso, si se quiere aprovechar la oportunidad que hoy está presente y que surge como una demanda efectiva desde nuestros países que no tienen salida en solitario (por cierto que no la tiene Uruguay, pero tampoco creo que la tenga en solitario Brasil o la Argentina, nuestros países no se salvan solos, tienen que luchar por su lugar en el mundo desde una posición de bloque), se tendrá que afirmar una nueva institucionalidad que supere el "déficit democrático" que ha tenido el proceso, que supere ese interdependencialismo que ha generado una suerte de superjerarquismo absolutamente inejecutivo, que arraigne la legitimidad del MERCOSUR en nuestras sociedades, pero que al mismo tiempo le dé al MERCOSUR la posibilidad de responder con efectividad a otra agenda, que es la que responde mejor a esta nueva coyuntura que nos está exigiendo otras formas de pensar, no sólo en clave nacional sino en clave regional e internacional.

He escuchado con preocupación que algo que estaba planteado para el corto plazo, parece proyectarse como suspendido. Se estaba hablando de un Protocolo Ouro Preto 2, aprovechando los diez años del protocolo Ouro Preto original, de 1994. Creo que suspender *sine die* la necesidad de incorporar un nuevo Protocolo con una nueva institucionalidad, sería un grave error que va a demorar nueva agenda del MERCOSUR. Pero la otra alternativa que se maneja, la de hacer un Protocolo Ouro Preto 2, que meramente incorpore las transformaciones ya aprobadas y en curso, también es un paso insuficiente. Con valentía, con coraje, con sensatez, con mucho pragmatismo y capacidad de negociación política, desde el reconocimiento de asimetrías, tendremos que rediscutir temas difíciles e insoslayables para una nueva institucionalidad. No tenemos ese momento, tampoco lo posterguemos en este mundo de vértigo que no espera, y mucho menos por nosotros. ♦

Están en juego nuestra inserción en el mundo y el modelo de país y democracia

Eduardo Hecker

En primer lugar quiero agradecer al Club de Cultura Socialista José Aricó y a la Fundación Friedrich Ebert la invitación a participar de este debate. Escuchaba la interesantísima intervención de Gerardo Caetano y se me ocurrió plantear algunos temas que tienen que ver con la Argentina en cuanto a un paradigma que parece superado, y mirar desde una visión más amplia un nuevo paradigma. En ese sentido, quiero empezar con un tema que es común en cualquier discurso posterior a 2003 o, aun, posterior a 2001, dependiendo de quién lo pronuncie. Se trata de revisar someramente qué pasó en los años 90. El modelo económico, que finalmente fue importante a la hora de generar transformaciones políticas y culturales en esa de-

cada, arrancó con un consenso: "la inflación es muy alta y hay que frenarla". Parece sencillo, pero esa coincidencia general es un dato muy importante. El gobierno de Menem da algunos pasos en esta dirección, se caen los distintos planes económicos ensayados al comienzo, y en marzo de 1991 se aplica el Plan de Convertibilidad. Toma como ancla nominal el tipo de cambio y, al tiempo que se inicia un proceso con las profundas consecuencias que iría a tener, se encamina muy rápidamente en diversas direcciones: la desregulación, las privatizaciones y la apertura de la economía. En general terminamos considerando a la Convertibilidad sólo como un programa económico que generó un ancla nominal del tipo de cambio, que inhibió a la Argentina de ejercer su política monetaria y que se centró finalmente en el único instrumento

de política fiscal, pero en realidad el plan de los años 90 es más amplio, dicho esto sin poner en juego ningún juicio de valor. Después, eventualmente, podrá decirse que las privatizaciones estuvieron bien o mal hechas, si había que hacerlas o no, puede analizarse la desregulación o la apertura de la economía y cosas por el estilo, pero ese es un conjunto de acciones enheredadas. Viso el tema con alguna distancia después de la caída de la Convertibilidad, parece necesario remarcar que, en el caso de la Argentina, los 90 completan algo que se había iniciado unos años antes, a mediados de los 70 con el golpe militar, que constituye un modelo económico y una forma de inserción económica de la Argentina en el mundo, en el mercado global. Allí hay un tema importante. Y también lo es el que la salida de la Convertibilidad no resuelve cuál es el modelo alternativo de la Argentina.

Aquel modelo de inserción económica significó dar por tierra o, mejor, dar por finalizado de una vez y para siempre el modelo de sustitución de importaciones. La dictadura militar hizo todos los esfuerzos por generar una nueva economía argentina, reprimarizándola, con las consecuencias imaginables. Pero el país aún tenía muy arraigados en su estructura económica, focos de resistencia a ese cambio. El gobierno de Alfonsín, y no quiero hacer ahora un revisionismo de esa etapa, intentó ver qué es lo que se podía hacer pero sin avanzar, ni en ese sentido ni tampoco en algún otro, y el gobierno de Menem despliega a partir del Plan de Convertibilidad una tarea que se había enunciado largamente y que sólo entonces se termina de completar. Finalmente, en la última etapa de Menem, la Argentina tiene en muchos sentidos una vuelta a una reprimarización, incorporando recursos naturales que probablemente no estaban percibidos, como la minería, el petróleo en gran escala o las exportaciones de recursos energéticos, pero por supuesto, también con un proceso de ampliación de la base infraestructural de la economía, que en algún sentido también es positiva. Por ejemplo, en el

campo de las telecomunicaciones. Pero lo que me parece importante, porque eso va a marcar las posibilidades de inserción, y tal vez porque haya algo parecido en el resto de los países de la región, es que pasamos de un modelo inicialmente agroganadero de sustitución de importaciones, a un modelo que se reprimariza, con el agregado de servicios y bienes no transables.

Un fenómeno que se manifiesta en ese marco, a partir de mediados de los años 90, es la destrucción de puestos de trabajo y el consecuente aumento de la tasa de desocupación, que con la crisis del Tequila iba a llegar casi a diecinueve por ciento y que después seguiría manteniéndose en niveles muy altos. Otro elemento característico es el tema del Estado y su capacidad de acción en la economía: a través de la privatización y la desregulación, junto al debilitamiento de los mecanismos de intervención directa. Eso se gestó deliberadamente y hoy es algo muy difícil de revertir.

La frontera tecnológica

No quiero seguir con el diagnóstico ni con el análisis de lo que pasó en los años 90, simplemente señalo algunas líneas. Tal vez la excepción, y la intervención de Caetano me exime de un comentario más exhaustivo, haya sido el MERCOSUR, producto también de los 90. La Argentina tiene una constante y es que buena parte de lo que ha sucedido en su economía y en la sociedad está marcado por la creación y el desarrollo del MERCOSUR, aunque sólo sea como Unión Aduanera, con las limitaciones con las que fue generado. Sin duda es una de las excepciones en el cuadro que podemos pintar de la década. Y el MERCOSUR también marca una suerte de perfil productivo en las economías de la región. Sería bueno revisar cómo variaron los perfiles productivos con su creación. Algo que en ese sentido es evidente es que de las inversiones extranjeras, no las de cartera sino las inversiones directas del exterior que llegaron a la Argentina, una buena parte se explica por la existencia del MERCOSUR.

Es cierto que no toda la inversión directa fue la construcción desde cero de nuevas empresas, puesto que hay muchas compras de activos existentes, pero aun así uno de los motivos más importantes de la llegada de inversión extranjera en la Argentina de la época fue la existencia y funcionamiento del MERCOSUR.

Hay dos cosas con respecto a esta etapa que después quisiera retomarlas, cuando veamos brevemente los cambios de paradigma. Una, es que un modelo rígido como la Convertibilidad exigía, desde el sector real de la economía, lograr la frontera tecnológica, algo que probablemente no esté del todo remarcado en los análisis que se han hecho. Por supuesto, además está el tema del ajuste fiscal y todas sus consecuencias, pero lograr la frontera tecnológica era una exigencia básica. Si uno tiene un tipo de cambio que se ajusta uno a uno con la moneda de EE.UU., la única manera a largo plazo de sostener algo por el estilo, es teniendo la productividad norteamericana. Si la economía argentina no alcanzaba, en un plazo razonable, la productividad norteamericana, era imposible, más allá de que se hiciera buena letra a nivel fiscal, sostener estructuralmente un modelo como el de la Convertibilidad. Ese es el problema de la productividad de la economía.

El otro tema que me parece importante destacar respecto de los años 90 y su paradigma, es el aumento de la desocupación y el problema de la pobreza, como un núcleo asociado a aquella. Es importante considerar qué es lo que se generó como consenso respecto de la desocupación y la pobreza o, por lo menos, qué es de lo que no se habló y de lo que todavía es difícil hablar: concretamente, la distribución del ingreso. En los años 90, con el crecimiento del desempleo y la pobreza, yo diría que, esquematizando y siendo completamente injusto con todos, desde la derecha se ve a los pobres como un problema, o más bien como un enemigo potencial, como algo que invade la ciudad o los lugares donde los pobres no deben estar. Y se piensa que lo mejor que se

podría hacer es eliminar la pobreza eliminando a los pobres. Por su lado, la visión progresista predominante entonces fue la de aliviar la pobreza, retrocediendo respecto de lo que era la cultura política del progresismo, seguramente bajo la influencia del tratamiento que los organismos internacionales de crédito dieron a estos temas en los años 90, cuando emergen con fuerza los denominados programas para aliviar la pobreza. De ahí emerge buena parte de los problemas de políticas clientelares.

Estallido y fin de los contratos

Entonces, si se observa la cuestión en panorama regional, uno tiene la sensación de haber atravesado una etapa muy crítica, que termina como terminan estas cosas por lo general en la Argentina, con un gran estallido, con una crisis enorme, donde el mundo se acaba y todos los contratos se tienen que revisar, porque la Convertibilidad era un esquema muy rígido, pero no sólo desde el punto de vista de los contratos económicos, sino también del contrato social. Todo estalla por el aire, se genera una enorme incertidumbre y no se sabe qué va a pasar. Pero al mismo tiempo, empiezan a perfilarse algunos elementos que hacen necesario generar un nuevo paradigma. Y creo que cada vez es más difícil, y finalmente imposible, pensar un nuevo paradigma de democracia e inclusión social, un modelo de desarrollo sustentable y no de mero crecimiento, e incluso ciertas ideas de desarrollo en la Argentina, sin pensarlo en el marco regional.

Es imposible pensarlo sin pensar la región y sin pensar algo que planteó Edgardo Mocca en su intervención y que también planteó recién Gerardo Caetano, que es el regionalismo abierto en la era de la globalización. Sobre esto ya se refirieron quienes me antecedieron en el uso de la palabra, y aparte hay muchísima bibliografía, pero me interesa rescatar dentro de la región y de la construcción del paradigma regional, algo que es incipiente aunque no menos importante en esta etapa de la globalización: el rol de las ciudades y de las regiones. Están las naciones y

están los gobiernos subnacionales o las regiones, que también tienen cosas que decir y que decirse, en el marco del proceso de construcción regional. Tengo presentes algunas experiencias, como la de la ciudad de Buenos Aires, y no tengo dudas sobre la integración entre distintos niveles subnacionales en el gran marco regional, que le da contenido y sustento a esa construcción más general. Concuerdo con lo que se dijo en cuanto a que no parece posible construir un destino político y económico para nuestros países si no es en bloque, no se puede negociar por separado, lo comprobamos permanentemente en distintos foros donde se tratan cuestiones políticas y económicas a nivel mundial. Es evidente que en esta etapa, uno de los problemas más señalados de la región es la consolidación del MERCOSUR como una construcción a futuro poderosa, con la consecuente necesidad de tener una burocracia fuerte y organismos técnicos afianzados que, más allá de los vaivenes políticos, puedan ser interlocutores

en cualquier foro de discusión mundial. Considero que a nivel del MERCOSUR en su conjunto, y pensándolo especialmente desde la Argentina, es necesario construir instrumentos técnicos sólidos y permanentes. Pero también quiero señalar la dificultad que constituyen las peculiaridades de cada país, y en ese plano un tema ineludible de agenda a nivel de la región es el de la deuda. La pregunta es: cómo enfrentar la situación Brasil, Uruguay, Paraguay o particularmente la Argentina, donde la peculiaridad es tan importante. Y en eso no tengo respuesta, porque me parece que es uno de los puntos que hay que discutir. Estoy absolutamente de acuerdo con que hay que tener convergencia macroeconómica, tender a una moneda única, etcétera, pero en nuestros países todavía hay tantas peculiaridades y tantos problemas, coyunturales pero también estructurales, que es necesario encararlos desde estrategias que sean compatibles con la construcción de una identidad poderosa para el MERCOSUR. Y en ese sentido



FRANCE VACHER

si empezar a abrir una discusión, como se está haciendo ahora, sobre la complementariedad y los acuerdos Unión Europea-MERCOSUR o la cuestión del ALCA, que no es un tema sin importancia. Recuerdo que aproximadamente en 1998, el Banco Brasileño de Desarrollo había hecho un estudio en base a equilibrios computables que mostraba los resultados de la integración Argentina-Brasil en el ALCA, y daba todos resultados negativos. Me parece que hay una cantidad de elementos importantes que hay que considerar junto con las cuestiones políticas. Pero me parece también, y retomo el tema del avance tecnológico y del modelo productivo, que es necesario discutir las complementariedades entre los países del MERCOSUR, rediscutir que incluso en la globalización la vuelta a la primarización de las economías es un debilitamiento de cada una de las naciones y del conjunto de la región, que es necesario complementar esfuerzos en términos de integración económica sectorial y en términos del mecanismo del financiamiento de las inversiones y del comercio interregional y de la re-

gión con el resto del mundo, que es necesario avanzar en todo lo que podamos, porque los recursos son escasos en investigación y desarrollo, ciencia y técnica, donde hay que generar avances notables.

Creo que es necesario ver en cada país, pero también en conjunto, cómo avanzamos desde modelos que todavía son fuertes, como en la Argentina, en recursos naturales, pero débiles en la integración del valor agregado a la producción. Todavía, y eso lo compruebo en el caso de la Argentina, a través de sus industriales y demás empresarios se mira con recelo la integración regional; esas actitudes existen y no hay por qué ocultarlas. Cuando hay un momento de prosperidad, por ejemplo en Brasil, y la industria brasileña no tiene necesidad de colocar excedentes en la Argentina, todos somos amigos de Brasil. Pero cuando sucede al revés, hay problemas. Así como es necesario crear una integración regional, es importante que no dependa de la amistad entre los

gobiernos; también es necesario crear una integración que no dependa de las coyunturas económicas sino que trascienda y genere las sinergias para algo que desde esta tribuna es muy fácil plantear. Creo que esto debería ser una bandera de la izquierda democrática, de los progresistas. Hoy por suerte tenemos esta posibilidad de confluencia en distintos países de la región, y espero que Uruguay también avance en ese sentido, con el triunfo del Frente Amplio. Entonces, por qué no pensar estos elementos como una bandera propia, como una bandera que sea distintiva, porque lo que está en juego es nuestra inserción en el mundo, el modelo de país, de democracia, de integración e inclusión social que podemos lograr. Creo que sin duda el pensamiento de la izquierda democrática progresista no tiene ninguna dificultad en incluir la visión de una construcción regional de esta naturaleza. Por el contrario, lo necesita como un instrumento vital hacia el futuro. ♦

La crisis de la globalización neoliberal y el actual escenario abierto en la región

Pablo Bustos

Quiero partir de la primera frase de la convocatoria a este coloquio, que afirma: "Asistimos a una situación de crisis del paradigma que orientó el proceso de globalización durante la década de los 90". Si esto es así, quizá sea necesario, para intentar comprender los alcances de esta crisis y cómo afecta la economía y la política en el nuevo escenario regional, que comencemos por preguntarnos sobre la naturaleza del proceso de globalización.

Desde principios de los años 80, el fenómeno de la globalización del mundo ha pasado a ser uno de los principales factores condicionantes de la vida económica y social con expresiones profundas en todas y cada una de sus manifestaciones. Sus consecuencias económicas y sociales contradictorias, combinan enormes avances en las condiciones de producción e intercambio

de las sociedades, con mayor incertidumbre para las personas y desigualdad entre los países.

La literatura suele destacar múltiples determinaciones de un fenómeno que se presenta sumamente complejo: el papel de la revolución informática y comunicacional y del conocimiento, la mundialización de la producción y de los intercambios —que determinaron la reorganización de la estructura económica mundial—, un sistema financiero autonomizado de la producción, el peso decisivo de EE.UU. y sus intereses financieros especulativos, así como el predominio ideológico del neoliberalismo.

El pensamiento político crítico ha sintetizado estos rasgos del fenómeno conceptualizándolo como un proceso de "globalización neoliberal", lo que nos conduce a la pregunta de si es posible disociar la nueva organización del espacio económico y social del

mundo, de su forma sociopolítica neoliberal. La que parece constituir una fase histórica nueva en el desarrollo capitalista, está indisolublemente ligada al neoliberalismo radical que determinó el proceso y condicionó su gestión por las organizaciones multilaterales? Esta cuestión es crucial porque de ella depende la estrategia política frente a los problemas del crecimiento y la inequidad social que dominan América latina.

En relación con el primer aspecto de la cuestión, en la última década del siglo pasado la globalización rediseñó el mundo. Su despliegue se asentó en una fuerte recuperación de la economía internacional centrada en EE.UU. y Asia Oriental, en la reificación del mercado mundial por el fin del mundo bipolar, en la transición al capitalismo de Europa Oriental y en la apertura de la economía china. Sobre estas nuevas bases se produjo un salto cualitativo en la transnacionalización de la producción en torno a una división global del trabajo. Un factor decisivo en esta reorganización económica del mundo lo constituyó la liberalización extrema del movimiento de los capitales, sustrato de la globalización financiera. Las nuevas condiciones de competencia global en el mercado mundial potenciaron en Europa y América latina, o indujeron en Norteamérica y Asia, diversos procesos de integración regional que reconfiguraron los espacios económicos de estos continentes.

La globalización a la "americana" se basó en principios simples, que descansaban en lo que parecía ser evidente desde la perspectiva neoliberal, los intereses financieros especulativos y la hegemonía absoluta de EE.UU. La crisis asiática de 1997-1998 preannunció la crisis de 2001-2002 de la economía global y las cuantiosas pérdidas del capital accionario y especulativo en las principales plazas financieras del mundo, desenlace que confluyó con la propia crisis de las principales organizaciones económicas multilaterales. El FMI perdió el rumbo ante el fracaso de sus políticas frente a la crisis asiática, primero, y de la Argentina, después, y la OMC quedó paralizada luego del

fracaso de la reunión ministerial de Seattle en 1999. El ascenso de la nueva derecha en EE.UU. con Bush y los golpes del terrorismo islámico, con su corolario en la invasión a Irak y el recrudescimiento del conflicto palestino-israelí, hizo extensiva la crisis de las instituciones internacionales a la ONU.

El cambio de siglo arranca con lo que bien puede caracterizarse como la primera crisis de la globalización, la que saca a la luz la complejidad del nuevo espacio mundial en gestación por la multiplicidad de países y actores sociales que compiten y disputan su lugar. Los resultados de la aplicación en su versión extrema del Consenso de Washington en países de América latina desata procesos de recambio político en América del Sur, los que van a producir, a su vez, repositionamientos frente a las negociaciones internacionales, tales como las del ALCA o de la OMC. En el otro extremo del mundo, la irrupción de China como potencia económica y política mundial, así como el creciente protagonismo de la India, genera

fenómenos como el Grupo de los 20 en la Ronda de Doha de la OMC. Por su parte, la ampliación de la Unión Europea y su fortalecimiento institucional con la adopción de una Constitución europea, se sobrepone al "atlantismo" de algunos gobiernos, como los de Gran Bretaña y la España de Aznar.

Desde la crisis asiática se desató un debate alrededor del diseño de lo que se dio en llamar una "nueva arquitectura financiera internacional" para una mayor regulación de los flujos financieros. El cambio de siglo hizo evidente que la demanda de regulación mundial se presenta como una necesidad histórica en múltiples procesos, tanto de índole económica como social y política, y que la cuestión de la gobernabilidad global es el primer problema que enfrenta el mundo globalizado.

Origen y naturaleza de la globalización

Entre los muchos autores que analizaron el fenómeno de la globalización



BENCE MARAFKO



KRENTLER

encontramos algunos que creen remontar sus orígenes quinientos años atrás, en los grandes descubrimientos geográficos y en la constitución de los imperios ibéricos; otros los remiten a la aparición de una economía internacional en la segunda mitad del siglo XIX y algunos otros lo vemos como un proceso que arranca en las dos últimas décadas del siglo XX. No es éste el momento para avanzar en una discusión sobre esas diferencias, sólo diremos que no compartimos interpretaciones que disuelvan la especificidad del proceso dentro de las tendencias seculares hacia la internacionalización de la vida económica común a otras épocas históricas, o que lo ven como un mero producto del triunfo del neoliberalismo y sin sustento estructural propio.

Por el contrario, compartimos la idea de que las raíces de la globalización se encuentran en la respuesta que los Estados de los países avanzados y las empresas transnacionales dieron a la crisis del capitalismo fordista-keynesiano a mediados de los años 70.¹ El derrumbe del sistema de Bretton Woods –inconvertibilidad del dólar por oro y remplazo de los tipos de cambio fijos por tipos flotantes– y el fin del boom económico de posguerra, no produce una regresión hacia la autarquía económica como sucedió con el derrumbe del patrón oro en los años 30. Las “fuerzas microeconómicas”, léase bancos y empresas transnacionales, presionaron por la desregulación de los mercados domésticos y la liberalización de las transacciones internacionales. En 1975 nacen el Grupo de los 7 y la Comisión Trilateral,² y la Ronda Tokio del GATT (1973-1979) acuerda una fuerte reducción arancelaria para la década siguiente.³ Como hoy, múltiples prácticas proteccionistas de naturaleza no arancelaria no logran torcer el nuevo rumbo por los fuertes intereses ligados a la existencia de circuitos comerciales y financieros internacionales, los que pugnan por reducir los costos de transacción para enfrentar la competencia de los países de industrialización reciente surgidos del mundo en desarrollo, en

particular los “tigres asiáticos”, protagonistas principales en la gestación de una nueva división internacional del trabajo en los años 70.

Por su parte, América latina y el Tercer Mundo en general, prolongan su estrategia nacionaldesarrollista de la posguerra hasta comienzos de la década del 80, recurriendo al endeudamiento externo. Como sabemos, la crisis de endeudamiento iniciada con la moratoria mexicana de 1982 pone fin a esta orientación en Latinoamérica, la que sufrirá su “década perdida” en los años 80.

La crisis de la economía mundial abierta desde mediados de los 70 alcanzará al socialismo estatista, ya enfermo de esclerosos, incubando su derribo a fines de los 80, salvo en el caso de China, que había iniciado sus reformas económicas una década atrás.

La crisis de la gestión estatal de la economía en sus variantes keynesiana, nacionaldesarrollista o de planificación centralizada, generó condiciones que le otorgaron funcionalidad política al neoliberalismo para la apertura de las economías nacionales, como condición necesaria para el arranque de la globalización.⁴ Las nuevas tecnologías de producción flexibles y redes electrónicas de información proveyeron la base tecnológica para una reestructuración posfordista y de mercado del capitalismo, convergente con las reformas institucionales impulsadas por el fundamentalismo neoliberal y el triunfo de EE.UU. en la puja bipolar, primero, y en el liderazgo tecnológico, después.

Como en todo proceso histórico, la nueva etapa tiene elementos de continuidad con las que la precedieron. El cuarto de siglo de boom económico de la segunda posguerra había restablecido las tendencias a la internacionalización de la vida económica y social que la Primera Guerra Mundial había interrumpido. La combinación de políticas keynesianas nacionales y de “liberalismo dirigido” multilateral, para usar una expresión de Angus Maddison, permitió la expansión de las empresas transnacionales de los países industrializados y la industria-

lización del Tercer Mundo bajo la forma de lo que Alain Lipietz llamó un “fordismo periférico”. Sobre esas bases se estructuró lo que en la década del 70 se caracterizó como una nueva división internacional del trabajo, la que convergió con la reconstitución del mercado internacional de capitales privados iniciada en los años 60 con el mercado del eurodólar.⁵

Como señalamos más arriba, allí andaban las fuerzas microeconómicas que impulsaron la apertura y desregulación de los mercados como salida a la crisis de mediados de la década del 70. Lo que en los años 90 se llamará globalización, es el fruto de las iniciativas restauradoras de la rentabilidad capitalista de Estados y empresas transnacionales a partir de esos cienientos y con una perspectiva mundial. En esa búsqueda aparecieron los elementos que le otorgan su diferencia específica a la globalización: la reestructuración posfordista y de mercado del capitalismo, la revolución informática y comunicacional y el papel del conocimiento, las cadenas productiva globales y la organización en red de las empresas transnacionales, un sistema financiero desregulado basado en la titularización del crédito y las reformas estructurales de los Estados y de las instituciones desde una perspectiva privatista y desreguladora.

En este listado, sin duda incompleto, casi todos los elementos, menos el último, constituyen componentes tecnológicos, institucionales y relaciones económicas y sociales consustanciales con una nueva fase en el desarrollo del capitalismo mundial, que no pueden revertirse sin un alto costo para las condiciones de vida y de trabajo de los pueblos. No ocurre lo mismo con su impronta neoliberal, sintetizada en el Consenso de Washington para América latina, y algunas de sus implicaciones más graves como la autonomización del nuevo sistema financiero con relación a la producción, fenómeno que en gran parte expresa los intereses especulativos del gran capital financiero de Wall Street. Se trata en este caso de

componentes derivados de las condiciones de partida del proceso, según describimos más arriba, y factibles de revertir a partir de un cambio en la orientación de las políticas nacionales y, fundamentalmente, de la forma de gestión de la globalización por parte de los organismos multilaterales, tales como el FMI, el BM y la OMC y su usina, el G-7.

Si esto es así, nos encontramos ante una batalla político-cultural para definir el contenido y los alcances de la nueva forma de gestión del mundo globalizado, y es insoslayable recuperar la experiencia del cuarto de siglo anterior. En un comentario a un libro de Joseph Stiglitz un tiempo atrás, transmitamos su percepción de que la búsqueda de soluciones propias, en muchos casos antagónicas a las formuladas por los organismos internacionales, en particular el FMI, ha producido mejores resultados en términos de crecimiento y bienestar en varios países. Con gobiernos muy diversos y con mucha diferencia en su apego a las normas de la vida democrática, pero hasta cierto punto conscientes de las prioridades de sus economías y de sus pueblos, por las razones que fueran, algunos siguieron caminos alternativos con mejores resultados que los más destacados alumnos del FMI en distintos momentos. China y Polonia eran señaladas como los más notables.

Estos y otros casos ilustran experiencias de adopción de políticas públicas diferentes a las neoliberales, a partir de un renovado activismo estatal y social, de países en desarrollo que han logrado insertarse más exitosamente en la globalización. En última instancia, se trata de países que asumieron como propia la responsabilidad de su bienestar.

Entre otras razones, resulta necesario hacerlo porque, como nos recuerda Stiglitz, el FMI ha cambiado profundamente a lo largo del tiempo. En su creación, su tarea era impedir una nueva depresión global en la segunda posguerra y sus principios económicos eran diferentes a los actuales: a) habiendo sido fundado en la creencia

de que los mercados funcionaban muchas veces mal, ahora proclama la supremacía del mercado con fervor ideológico; b) nacido con la creencia de que es necesaria una presión internacional sobre los países para que acometen políticas económicas expansivas –como subir el gasto, bajar los impuestos o reducir los tipos de interés para estimular la economía–, hoy aporta dinero sólo si los países emprenden políticas que contraen la economía, como recortar los déficit y aumentar los impuestos o los tipos de interés.

La conclusión de Stiglitz no podía ser otra que, medio siglo después de su fundación, el FMI no ha cumplido su misión. Ha cometido errores en todas las áreas en que ha incurrido: desarrollo, manejo de crisis y transición del socialismo al capitalismo. En los problemas del FMI y las demás instituciones económicas internacionales, tales como el BM y la OMC, subyace un problema de gobierno: quién decide qué hacen. Las instituciones están dominadas no sólo por los países industrializados más ricos, sino también por los intereses comerciales y financieros de esos países, lo que naturalmente se refleja en las políticas de dichas entidades.

En consecuencia, si la experiencia muestra que el bienestar de los países descansa en sus propios esfuerzos y que las instituciones internacionales responden esencialmente a los intere-

ses financieros y comerciales del mundo avanzado, frente a la crisis del mundo modelado por la globalización neoliberal las demandas de nuevas formas de regulación pública en el plano nacional e internacional expresan una necesidad histórica. El papel del Estado nacional, como principal institución que organiza el poder político y la participación de la población, se potencia frente al alcance transnacional de las nuevas relaciones económicas, sociales, culturales y políticas. Sólo políticas públicas de calidad pueden dar respuesta al desafío de crecer con mayor equidad y contribuir al rediseño de las instituciones que gestionan la globalización.

La integración regional ante el nuevo escenario mundial

El MERCOSUR acusó el impacto de la crisis de la globalización neoliberal. La parálisis en el terreno institucional, que lo caracterizó desde el inicio de la Unión Aduanera en 1995, lo encontró mal preparado cuando la secuela de crisis financieras nacionales que comenzó en los países asiáticos, luego de pasar por Rusia, alcanzó a Brasil en 1998. La devaluación brasileña de enero de 1999 selló la suerte de la Convertibilidad argentina y la economía de este país ingresó en una depresión que lo llevó al derrumbe a fines de 2001. Los coletazos en los socios menores fueron igualmente graves y provocó el desplome del comercio intraregional. Aunque la parálisis institucional subsiste, los cambios políticos en Brasil y la Argentina y los esperados en Uruguay están posibilitando el relanzamiento del MERCOSUR y cambios de política exterior.

Esta renovación regional coincide con los cambios geopolíticos de gran trascendencia internacional que están teniendo lugar en espacios claves del mundo en desarrollo, como China, India y el conjunto de Asia Oriental. Un correlato de estos cambios son los nexos económicos y políticos que tienden a establecerse entre estos países asiáticos y los de América del Sur y África, expresados en la conforma-



JANOS SZASZ SAXON

ción del G-20 —liderado por China, Brasil, India, Sudáfrica y la Argentina— dentro de la OMC. Se renuevan las exigencias de una participación activa y consistente del MERCOSUR en los diversos foros internacionales donde se discute la orientación futura del mundo.

En las negociaciones comerciales internacionales que se desarrollan en la Ronda de Doha de la OMC, lanzada en 2001, se están discutiendo parte de las modificaciones de las normas actuales de regulación económica mundial, así como el diseño de las futuras. El fracaso de la cumbre ministerial de Cancún ratificó la incapacidad de la OMC de dar respuesta a los viejos y nuevos problemas de la globalización. El estancamiento o regresión de vastas regiones del mundo en desarrollo, exige la eliminación del tradicional proteccionismo agrícola y de industrias intensivas en recursos naturales de parte de los países desarrollados y un avance muy regulado en los llama-

dos "temas de Singapur". El papel del G-20 es central para modificar la agenda de los países industrializados y frenar las demandas de las empresas transnacionales en materia de liberalización de servicios, inversiones y competencia, y avanzar en la apertura de los mercados de los países avanzados para el mundo en desarrollo.

Tampoco el FMI tuvo capacidad para enfrentar las cuestiones de la regulación de los flujos financieros internacionales y la amenaza de insolvencia de Estados altamente endeudados. Luego de los *default* de Rusia, Ecuador y la Argentina. Sus enormes fracasos en Asia Oriental, Rusia y la Argentina lo mantiene a la deriva. Sería deseable que igual que en el plano del comercio mundial a través del G-20, la discusión sobre una nueva arquitectura financiera internacional produjera la confluencia de intereses entre los socios mayores del MERCOSUR.

En el terreno de las negociaciones internacionales, la apuesta del MER-

COSUR a una asociación interregional con la Unión Europea sigue vigente y depende, en alto grado, de que se destrabaran las negociaciones de la Ronda de Doha de la OMC. Aquella es una negociación que trasciende el tema comercial por varias razones. En primer lugar, porque la Unión Europea le exige al MERCOSUR un funcionamiento consistente de la Unión Aduanera para la plena vigencia en cada bloque de las preferencias acordadas. Ésta es una diferencia sustancial con el proyecto del ALCA de EE.UU., que siempre vio al MERCOSUR como un obstáculo para alcanzar la zona de libre comercio y procuró debilitarlo. En segundo lugar, el acuerdo MERCOSUR-UE contiene un capítulo de cooperación técnica, en parte para hacer viable la unión aduanera, inexistente en el proyecto ALCA. Por último, pero no menos importante, en un mundo descontrolado por las acciones unilaterales de la única gran potencia, la asociación con la Unión Europea, con sus logros institucionales e influencia mundial, resulta fundamental en términos de avances democráticos, culturales y sociales al interior de nuestros países y de acciones convergentes en los foros internacionales.

Sin los atributos antes mencionados, las relaciones económicas Sur-Sur con países que lideran procesos regionales como China e India, o en recuperación como Rusia, se hallan entre las principales opciones para el MERCOSUR. La etapa de grandes cambios que sufre el mundo, aunque plena de incertidumbre sobre su resultado final, nos anticipa que los grandes *players* de siempre deberán tomar en cuenta a estos nuevos actores nacionales y regionales que pujan por hacerse su lugar en la arena internacional.⁴

En términos de las perspectivas de la globalización, estos cambios geopolíticos no expresan una corriente adversa a los parámetros tecnológicos, económicos y sociales más generales de ella, como la continuidad y profundización de los eslabonamientos productivos transnacionales con divi-

sión global y regional del trabajo. Pero es altamente probable que esos cambios afecten al signo ideológico-político de los procesos mundiales, así como a la composición del poder entre países y regiones.

La multiplicidad de actores con intereses divergentes replantea la necesidad histórica de avances sustanciales en la regulación mundial de los procesos económicos, sociales y políticos que pueden amenazar los fundamentos mismos de la economía globalizada, como única alternativa a una involución histórica de naturaleza catastrófica como la experimentada en el período de entreguerras en el siglo pasado.

Los países del MERCOSUR podrán jugar un papel relevante si el MERCOSUR no se convierte en un proyecto irrelevante. La nueva escena política regional le otorga a la izquierda democrática una gran responsabilidad, tanto en el plano regional como en el rediseño de las instituciones internacionales que gestionan la globalización y, como hace tiempo lo comprendimos, también nuestras vidas. ♦

Notas

¹ A. Dabat, (2002), "Globalización, capitalismo actual y nueva configuración espacial del mundo", en *Globalización y Alternativas: los desafíos para el siglo XXI*, A.V., Editorial Porrúa.

² El Grupo de los 7 (G-7) está formado por los gobiernos de Canadá, EE.UU., Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Japón. Constituye, como suele decirse, un verdadero "directorio económico mundial" con cumbres anuales. La Comisión Trilateral reúne representantes de las mayores empresas transnacionales de Norteamérica, Europa y Japón. Junto con el recambio conservador en los países anglosajones (Thatcher, 1979; Reagan 1980) y sus secuelas en el BM y el FMI, fueron las precondiciones institucionales de la globalización neoliberal.

³ La Ronda de Tokio convocó al doble de países (99) que la ronda anterior. La seguirá la Ronda de Uruguay (1986-1994) en la que 118 países acordarán el nacimiento de la Organización Mundial de Comercio (OMC), que cuenta actualmente con 147 países miembros.

⁴ La Academia sueca otorga el Premio

Nobel de Economía a Friedrich von Hayek en 1974 y a Milton Friedman en 1976, los dos críticos "neoliberales" más representativos de las políticas keynesianas.

⁵ En 1958, bajo el sistema de Bretton Woods y la supervisión del FMI, comienza la convertibilidad entre las monedas europeas, lo que sumado al creciente papel de las empresas transnacionales de los EE.UU. alimentará un mercado de eurodivisas. El crédito internacional privado, que había

desaparecido con la crisis de los años 30, se restablece y recibirá una inyección vigorizante de "petrodólares" en la segunda mitad de los años 70 con la crisis del petróleo.

⁶ Evidencia de ello es que de los 147 miembros actuales de la OMC, no son más de 30 los que negocian en la mesa chica que procura destrabar la Ronda de Doha. Entre ellos se sientan los mencionados líderes del G-20.

Oportunidades y riesgos que abre la alternativa de un nuevo MERCOSUR

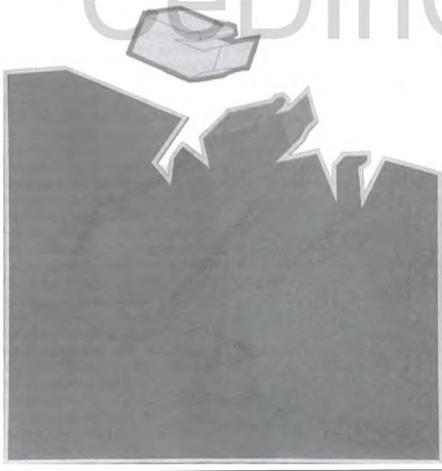
Ricardo Mazzorin

Me han encomendado hacer un comentario sobre las exposiciones, pero como creo que han sido extremadamente claras, lo que se impone es una simple síntesis de lo aquí dicho.

Gerardo Caetano insistió en que hay un viejo MERCOSUR y uno nuevo o, por lo menos, una apuesta a uno nuevo. El viejo MERCOSUR que describe es de baja institucionalidad, articulada sobre relaciones intergubernamentales, esto es, los teléfonos presidenciales, que resolvían las cuestiones de agenda. Evidentemente, se parecía más a un proyecto económico comercial, que él definió como "fencio". Recuerdo que, ante una crisis de la Argentina, el entonces Ministro de Economía, Domingo Cavallo, propuso salirse de la Unión Aduanera y volver a discutir un área de libre comercio. Con esto quiero decir que, al menos en parte, la descripción de Gerardo Caetano coincide con la manera en que el MERCOSUR era considerado en ese momento. Era un MERCOSUR privado, donde discutían los empresarios y donde había, obviamente, baja institucionalidad. Fue entonces cuando empezó a discutirse si el ALCA era o no una alternativa válida. El nuevo MERCOSUR al que alude Gerardo Caetano, es una nueva oportunidad que implica que los Estados nacionales deben ceder parte de soberanía, lo cual significaría una institucionalidad más fuerte y la creación de

agencias supranacionales. Él pone mucho énfasis en esta idea de la supranacionalidad y, como todos sabemos, no hay supranacionalidad sin Estados nacionales que tomen la decisión de hacer cesiones de soberanía. La Comunidad Económica Europea sólo es posible porque hubo cesiones de soberanía coordinadas operativamente entre todos los Estados nacionales involucrados. También subrayó otro hecho muy importante: que la integración no es un problema que pueda definirse en términos de familias ideológicas. Y dice bien: la integración es un proyecto de las naciones que está más allá de las familias ideológicas, porque se hace en términos de procesos democráticos en los países involucrados. Esto implica, a la vez, que ahí hay algo de incertidumbre. De hecho, la referencia que hace a las próximas elecciones en Uruguay muestra que, de hecho, no está todo garantizado. Hago votos por que gane el Frente Amplio, pero creo que de sus palabras se desprende esa sensación de incertidumbre. Aunque señala que, de todas maneras, la apuesta al MERCOSUR está presente en todos los candidatos que tienen chances de ganar la contienda electoral, me parece que se trata de un fenómeno muy importante, que deberíamos tener en cuenta. Así, en su perspectiva, la integración no tiene una correspondencia unívoca con familias ideológicas, está por encima de eso y forma parte de un proyecto más vasto.

Eduardo Hecker, después de histo-



GIULI FRANCO

riar brevemente la década de los 90, sobre todo enfatizando la experiencia argentina y la crisis de la Convertibilidad, planteó dos temas que considero centrales, que tienen que ver con un enfoque realista de las dificultades que supone la integración. Un tema asociado con la llamada convergencia macroeconómica. Dice Hecker que existen mayores oportunidades ahora, cuando tenemos políticas cambiantes similares de convergencia macroeconómica. Pero también plantea que existe en el medio algo muy complejo, el tema de la deuda externa. Tanto en la Argentina, que está en *default* y que está renegociando con organismos internacionales y con acreedores privados, como en Brasil, donde asimismo la deuda tiene implicaciones permanentes en la situación económica. Dice que son problemas complicados, que deberían entrar en la agenda común, donde todavía no figuran, excepto acerca de algunos puntos aislados sobre los que se ha dado alguna discusión, como respecto de la manera de computar las inversiones y el superávit primario y algún otro tema. Advierte, entonces, que tenemos algunos problemas y que la convergencia macroeconómica no es tan sencilla. Además, sostiene que más allá de la crisis del modelo de Convertibilidad, que no era sólo una cuestión de anclaje de variables nominales sino un proyecto que reflejaba los lineamientos del Consenso de Washington, a pesar de eso, se mantuvo durante un largo tiempo la idea del MERCOSUR como estrategia de gobierno. Hecker reclama que seamos realistas, porque hay muchos obstáculos que enfrentar, entre ellos, el recelo de los propios agentes económicos, que aplauden y se manifiestan de alguna manera como hombres dispuestos a apoyar el MERCOSUR, cuando la prosperidad brasileña genera demanda para la producción argentina, pero cuando el nivel en Brasil cae y eso hace caer la demanda de productos argentinos, rápidamente el empresario argentino pide todo tipo de medidas que protejan sus mercados y sus tasas de ganancias. Por eso, dice Hecker, hay que tener presentes las

resistencias que hay que vencer. La apuesta es correcta, pero insiste en que la agenda debería incluir el tema de la deuda, puesto que esto es un serio obstáculo a la convergencia macroeconómica.

Por su parte, Pablo Bustos afirmó que desde comienzos de los años 80 la globalización se constituyó en uno de los factores centrales de la vida económica y social, combinando avances profundos con situaciones de incertidumbre y enorme desigualdad entre las personas y entre los países. Y señala que la globalización trazó un nuevo diseño del mundo. En su análisis, los orígenes de la globalización se encuentran en la respuesta que dan las empresas y los países avanzados a la crisis del capitalismo fordisto-keynesiano a mediados de la década del 70. En un marco de recomposición, aparecieron fuertes presiones para la desregulación y la liberalización de las transacciones internacionales, intentando controlar la presión de nuevos fenómenos, como la industrialización de nuevos actores, en especial de los "tigres asiáticos" y el consecuente cambio en la división internacional del trabajo. Escenario en el cual América latina pretende continuar con la vía nacionaldesarrollista a través del endeudamiento externo. Dice Bustos que la combinación de todo ello favoreció la aparición de condiciones propias para consignas básicas del neoliberalismo, como la apertura de las economías nacionales y el impulso de la globalización. En esta línea aparecieron los intentos de reestructuración posfordista y de mercado del capitalismo, que sancionó e instituyó la hegemonía nacional de EE.UU., de la mano de su liderazgo tecnológico. Y apoya en eso el establecimiento de una estrecha relación entre el neoliberalismo y la globalización, que llevó a implantar el programa conocido como Consenso de Washington. Bustos aludió luego a las violentas crisis financieras, que comenzaron con el Tequila de México y siguieron con los colapsos de Corea, Indonesia, Tailandia y Malasia, con los estallidos ruso del 98, brasileño del 99 y, finalmente, de la

Argentina en 2001, afirmando que estas catástrofes financieras pusieron en crisis a la globalización. Pero también asegura que en la globalización hay rasgos permanentes que no deberíamos rechazar, pues ha habido casos de países exitosos en su inserción internacional en el marco de esta nueva globalización, dando como ejemplo a China y a los países asiáticos. Y asegura que fueron exitosos de la mano de cierto activismo estatal. En su opinión, la inserción exitosa no requería simplemente de la apertura estricta de los mercados, del comercio internacional o de la cuenta de capitales, sino que estos países mostraron que era posible una inserción ventajosa mediante un fuerte activismo estatal cuando se logra resistir la multinacionalización que propone la globalización. Y puntualiza que hace falta algo así como un orden global regular. En el campo de las finanzas internacionales reclama una nueva concepción, un nuevo tipo de regulación. Es allí donde de la apuesta al MERCOSUR, en la opinión de Pablo Bustos, se instala como una alternativa interesante en el marco del nuevo orden, orden incipiente que debería ser resguardado para evitar que se convierta en algo irrelevante. Esto me pareció fuerte e importante, porque, de hecho, algunos piensan que hasta ahora —y si uno lo mira más de cerca— el MERCOSUR tiene mucho más de retórica que de eficacia.

Espero haber sido fiel a la exposición de los panelistas, y ahora abrimos el debate con las preguntas. ♦

Preguntas del público

— Quería hacerle una pregunta a Eduardo Hecker, que en parte tiene relación con la presentación de Gerardo Caetano. Los primeros acuerdos entre la Argentina y Brasil en los 80, implicaban una metodología diferente de la puesta en marcha después por los acuerdos de los años 90. Todos hablaron de un cambio de paradigma, con lo cual coincidieron, en cuanto a cómo se está planteando la nueva integración, tanto en términos estrictamente económicos

como en términos institucionales. Mi pregunta es: ¿cómo puede viabilizarse este cambio en términos de una modificación de la metodología de la integración, que plantea una integración productiva capaz de apoyar un desarrollo industrial en el caso de la Argentina, es decir, una nueva articulación de las cadenas de valor? Si esto es viable, si esto es posible, ¿cómo podría plantearse sin retomar la metodología de los años 80, pero sí con un objetivo más o menos similar?

Eduardo Hecker

— Me parece una pregunta interesante, inteligente, sencilla y difícil de contestar. Porque se refiere a algo que ha sucedido en la implementación del MERCOSUR en los 90, y en lo que también tiene mucho peso el tipo de inversión extranjera que se realizó. Por ejemplo, en la industria farmacéutica hay acuerdos de integración Argentina-Brasil, explotación de ventajas de localización en los dos países e intercambios intrafirma, secos y húmedos en ambos países; o los acuerdos de complementación productiva en términos de la industria automotriz que han gozado en el caso de la Argentina, de la única política industrial activa que tuvo nuestro país en los años 90. Por un lado hay un problema en un país chico, a escala de economía mundial, como es la Argentina, y otro más grande, como es Brasil, pero que tiene sus propias limitaciones. Hay un problema de especialización para la integración. Y eso parece esencial. Está bien que la Argentina se especialice en cajas de cambio y Brasil en motores o un país en autos de determinado volumen, o autos más grandes, que se intercambie por la vía del comercio lo que no se produce en cada país, que en conjunto se estructure la oferta exportable y que finalmente sea posible insertarse en el mundo a partir de esta integración regional. Sin embargo me parece que el caso de la industria automotriz casi ha sido el único donde ha habido políticas activas, por lo menos en la Argentina, destinadas a generar alguna suerte de integración. Con el enorme problema de que no se ha

hecho desde empresas de capital local, sino desde empresas internacionales. Entonces, con la integración de cadenas de valor, o la formación de claustros o cualquier modalidad por el estilo en la industria automotriz, más bien se destruyó todo lo que había aguas abajo, como proveedores de la industria en tanto empresas nacionales o como fuentes de trabajo, y se han importado, a veces, o generado empresas de capital internacional, que han venido a proveer a las firmas transnacionales.

Por eso digo que es una pregunta interesante, porque si bien sería lógico que en la integración hubiera desarrollo de cadenas de valor, todavía eso está en los marcos de lo que pueda generarse espontáneamente. No surge desde una articulación, no ya de políticas macroeconómicas en las que, aunque tiene complejidades, podrían haberse intentado algunos pasos hacia esa articulación, eso es algo que está pendiente. Insisto en que no creo que hubiera sido tan difícil abordar algún grado de complementariedades productivas, pero no se ha avanzado seriamente en cadenas de valor, salvo algunos casos muy específicos. En rigor, lo que se ha aprovechado de las economías fueren los ciclos económicos de los vecinos para exportar o defenderse, de acuerdo a cómo venía el ciclo. Si en el país vecino venía mal, la consigna era defender la frontera, utilizar discusiones de todo tipo, buscar barreras no arancelarias o políticas de cupo, que en definitiva han permitido defenderse a ciertos sectores de la industria. Pero, por ejemplo, todo el sector de la indumentaria y textil o el complejo del cuero, tienen enormes posibilidades de complementación y eso no ha sucedido en el MERCOSUR. ¿Y por qué digo posibilidades de complementación? Porque la Argentina no va a poder ni debería competir con el calzado brasileño, sería una locura que lo intentara, pero la producción local parece haber sido orientada de tal manera que todo lo que haga Brasil es un problema de competencia tremenda, cuando ambos países podrían ser complementarios en lo que

producen. Lo mismo sucede en el segmento textil, de indumentaria y moda, para mencionar otro de los casos, o cualquier actividad vinculada al turismo entre la Argentina, Brasil y Uruguay. Se me ocurren elementos de complementariedades y de articulación de políticas productivas, pero lo que encuentro es sólo lo que genera la espontaneidad de algunas acciones aisladas y el mero accionar de un acuerdo marco de unión arancelaria. No existe el desarrollo de articulaciones de cadenas productivas, sino la reproducción a una escala distinta de los mismos problemas, con la única diferencia que hay un arancel externo común para la región. En última instancia parece que más que eso no hubiera pasado.

Comentario del público

— Más que una pregunta, quería hacer una reflexión, porque me llamó la atención que se pusiera absoluto énfasis en los mecanismos de integración regional citando al MERCOSUR, y se omitieran hechos de una gran trascendencia, que excedieron el marco de los gobiernos, como fue lo que ocurrió en Porto Alegre en enero del 2000, cuando se hizo, como precedente del movimiento de integración, el Seminario de la Democracia Participativa, impulsado por la Prefectura de Porto Alegre, y los foros mundiales alternativos que le sucedieron desde 2001 en adelante, con una gran repercusión en el campo de los movimientos sociales. Todo ello constituyó un fenómeno realmente trascendente que merecía un análisis. Y otra cuestión que me interesa remarcar es el hecho de que se plantea la integración regional circunscripta a lo que sería el marco del MERCOSUR, cuando, como ahora, existen grandes probabilidades de buscar esa integración en el marco de toda América Latina. Por ejemplo, podría haberse comentado la eventual vinculación en ese sentido con la República Bolivariana de Venezuela. Me parece que estos temas deberían haber sido incorporados, o por lo menos no deberían haber sido omitidos, en las ponencias que recorren este temario. ♦

Segundo panel

El proyecto político de una izquierda regional

Es necesaria una nueva cultura política en la línea de integración sudamericana

Marco Aurelio García

Buenas noches a todos. Agradezco muchísimo el honor de estar presente en uno de los viernes del Club de Cultura Socialista, y sobre todo expreso mi alegría al reencontrar tantos amigos con quienes desde hace muchos años estamos discutiendo problemas comunes de la izquierda de nuestra región. Y es también un gran honor estar aquí bajo el nombre de José Aricó, mi querido amigo y una referencia ineludible en el proceso de renovación del pensamiento de izquierda en Latinoamérica. Creo que de las muchas cosas interesantes que Gerardo Caetano ha planteado en su intervención sobre la integración sudamericana y, en particular, sobre la problemática del MERCOSUR, una de ellas me llamó particularmente la atención: que el proceso de integración no puede estar pendiente del acercamiento de los proyectos políticos e ideológicos de los gobiernos, sino que debe tener continuidad en el tiempo. Eso es absolutamente cierto. Pero no es menos cierto, también, que nosotros vivimos un momento privilegiado, porque a partir de cierta confluencia político-ideológica, quizá, podamos establecer bases sólidas para un proceso de integración. Más allá de las grandes dificultades económicas y sociales que nuestros países viven, sobre todo la Argentina, Uruguay y Brasil, es importante que en estos países, particularmente en la Argentina y Brasil, y creo que en Uruguay esto pasará muy pronto, se hayan formado coaliciones de centro izquierda o, como

preferir decir, de izquierda-centro, que están gobernando desde una nueva perspectiva. El gran problema es que llegamos a los gobiernos en el marco de graves crisis económico-sociales. Lula dice que fue elegido Presidente de la República porque había una gran crisis en el país y que si eso no hubiera existido, no lo habrían elegido. Por lo tanto, no puede quejarse de la crisis, porque a ella debe su elección. Pero sabemos que una gran crisis provoca grandes demandas y grandes esperanzas, sobre todo cuando después se traducen en un gran movimiento social, como fue el caso en nuestro país.

Estar viviendo una gran crisis para nosotros significaba, en realidad, la superposición de dos grandes crisis, como veremos más adelante. Una es la crisis estructural de la economía brasileña, que todos conocen; un país que alcanzó tasas de crecimiento elevadísimas en el siglo XX, que tuvo durante cincuenta años un crecimiento anual de 6,7 por ciento, pero que a la vez produjo un proceso de concentración de ingresos y de poder de enormes proporciones. En materia de concentración de ingresos somos quizás uno de los países que tiene el peor desempeño en el mundo, y eso dejó un déficit extraordinario, sobre todo porque a los cincuenta años de crecimiento, de 1930 y 1980, le siguieron dos décadas perdidas, en las cuales estuvimos en el peor de los mundos: inflación, recesión y, en la última década, intentos de controlar la inflación a través de programas de corte extremadamente conservador. Lo que es peor, el intento de controlar esa crisis de las dos últimas

décadas no alcanzó sus objetivos. Tanto es verdad, que en 2002, cuando ganamos las elecciones tras una década de política neoliberal, encontramos al país en una situación extremadamente grave desde el punto de vista macroeconómico. En un primer momento tuvimos que diseñar soluciones para las dos crisis a las que aludí, la estructural y la coyuntural, que proyectaban el renacimiento de la inflación y una debacle cambiaria, un tremendo desbarajuste de nuestras cuentas externas. En ese cuadro, ante la posibilidad de un gobierno de Lula, los adversarios políticos pudieron decir que estábamos preparando un cóctel, que sería una mezcla de la Argentina con Venezuela, es decir, la Argentina en el sentido de una grave crisis económica y Venezuela en el sentido de una grave crisis política. Pero eso no ocurrió, porque fuimos obligados, en un primer momento, a renunciar al programa de desarrollo que siempre había caracterizado a nuestro partido y a nuestras políticas, a renunciar a él en las medidas inmediatas y tratar de aplicar disposiciones de transición, que permitieran restablecer el equilibrio de la economía y crear condiciones para entrar en un nuevo período. Que es en el que estamos ingresando en los últimos meses, un período de crecimiento que tiene características totalmente nuevas y que para mantenerse debe proponerse la búsqueda de un nuevo paradigma.

Crecimiento sin desarrollo

La tradición de crecimiento brasileño en el período desarrollista, como les he dicho, fue más bien una tradición de crecimiento acelerado, pero con fuerte concentración del ingreso y fuerte concentración de poder: más de

la mitad del período desarrollista en Brasil transcurrió bajo el estado de excepción. Pero, además, fue un período en el cual, y para eso la izquierda siempre estuvo muy atenta, tuvimos un fuerte desequilibrio de tipo macroeconómico, vale decir, no siempre fueron encontradas las condiciones de equilibrio fiscal, de financiación del desarrollo, que permitieran que esas tasas de crecimiento garantizaran un desarrollo sostenible en el país. Por eso tuvimos fenómenos gravísimos, como alta inflación o, en otros momentos, fenómenos no menos graves como el crecimiento de la deuda externa, sobre todo en los años 70 y en los 80. Por lo tanto, hoy, cuando nos planteamos la apertura de un nuevo ciclo de desarrollo para el país, tenemos que pensar en la articulación de una serie de factores que antes no estaban siempre presentes, y sobre todo, no estaban articulados. En primer lugar, necesitamos fuertes tasas de crecimiento, porque el déficit de desarrollo en los últimos veinte años fue enorme, y eso se hace presente en las condiciones de vida de la gente, pero se hace presente también en las condiciones de posibilitar un desarrollo más continuado, sobre todo si miramos lo que es el estado de la infraestructura. Y, en segundo término, necesitamos que ese fuerte crecimiento de la economía sea un crecimiento con distribución del ingreso. Porque, como se ha dicho en forma crítica en este coloquio, y creo que muy correctamente, no se trata de la fórmula tradicional de "crecimiento con equidad". Porque la distribución del ingreso no es la mera consecuencia del crecimiento, sino que es un factor de crecimiento. Si no pensamos que la distribución del ingreso va más allá de políticas de emergencia, y que consiste en medidas de transferencia de renta, en políticas que permitan la constitución de un gran mercado de bienes de consumo de masa en el país para lograr un efecto multiplicador sobre el conjunto de la economía, vale decir, explotar la gran frontera social de incorporar a la sociedad brasileña a 45 millones de personas que están fuera del consumo, de la producción y

de la ciudadanía, si no nos colocamos en esa perspectiva no podemos pensar en una sustentabilidad del crecimiento. Tenemos que pensar en las cuestiones de financiación y por eso ciertos pasos que se han dado en la dirección de un equilibrio macroeconómico son importantes, pero es necesario decir también que ese equilibrio no se logra en una situación de grandes desigualdades sociales. Esa es la concepción que estamos tratando de implementar en nuestras políticas. Y yo agregaría que hay otros dos factores fundamentales; uno, es reducir al mínimo la vulnerabilidad externa de nuestras economías, fue de la nuestra en particular, donde tuvimos éxitos relativamente importantes en el último año y, el otro, que eso debe lograrse en el marco de una expansión y una radicalización de la democracia en el país. Por lo tanto, aquí también se manifiesta una diferencia con relación a los períodos de crecimiento. En una perspectiva de desarrollo no tradicional, esa expansión de la democracia significa no sólo la necesidad de avanzar en el plano de reformas de naturaleza institucional, sino que también significa la democratización de la sociedad. Vale decir, la creación de un espacio público que permita expandir y profundizar la noción de ciudadanía y, a partir de ella, ejercer un control efectivo del Estado, otorgando a ese Estado una calidad y una eficacia mayores.

Ustedes ven que en ese modelo, las cuestiones vinculadas a las políticas externas no aparecen simplemente como cuestiones secundarias, sino como instancias constitutivas de un nuevo modelo económico. Y aquí entra la discusión que planteamos sobre el rol de la política externa. Los críticos de la política actual brasileña, sobre todo aquellos que nos critican, por así decirlo, por la izquierda, en general son muy indulgentes con la política externa, dicen, bueno, el gobierno no va muy bien, pero la política externa va bien. Por mi parte he tratado de decirles que la política externa es como la punta del iceberg y que en breve se darán cuenta de que la política del

nuevo gobierno es un conjunto, y que si pudimos avanzar en el ámbito de la política externa con mayor velocidad, porque así lo hicimos, fue por una serie de circunstancias que nos permitieron lograrlo, por ejemplo porque ahí no tuvimos las presiones y las restricciones que todos sabemos que existen en el mundo de estos días. Creo que es de fundamental importancia que se vaya manifestando una política externa de nuevo tipo –y creo que fue una idea que estuvo presente en casi todas las intervenciones que me antecedieron–, porque vivimos en una realidad donde la relación de fuerzas es extremadamente desfavorable; un mundo dominado, sobre todo en los últimos años, por una gran potencia que tiene una visión unilateral; un mundo con fortísimas asimetrías económicas, en particular en el ámbito comercial, dominado por el proteccionismo; un mundo que vive una gran crisis de la cultura política y de los valores democráticos en general. Lo que me entusiasma un poco es que creo que la derecha está viviendo también una crisis de paradigma y que a lo mejor muy pronto va a hacer un coloquio como éste para discutir la crisis que ellos están atravesando. Por lo tanto, junto con nuestra idea de construir otro país, radicalmente distinto del anterior a partir de un nuevo proyecto nacional de desarrollo, proponemos la idea de una política externa de nuevo tipo. Pero más que eso, diría que ese

proyecto nacional de desarrollo debe ser un proyecto que involucre también un ámbito regional creciente. Y aquí creo que entra concretamente la cuestión del MERCOSUR. No quiero volver sobre lo que Gerardo Caetano expuso esta noche porque creo que lo hizo muy bien, como las diferencias que estableció y las distintas temporalidades en el MERCOSUR, quiero más bien exponer cuál es la idea con la cual estamos trabajando, porque creo que hoy día tiene excelentes condiciones de viabilidad a partir de los cambios políticos ocurridos en Brasil y en la Argentina e, incluso, de aquellos que ocurrieron en Paraguay, que configuraron una situación nueva, y, seguramente de los cambios que van a ocurrir en Uruguay. Y pienso que los cambios que van a registrarse en Uruguay, más allá de mis preferencias personales –que mis funciones actuales me impiden expresar–, no necesariamente dependerán de un determinado resultado electoral. Creo que hay una aspiración muy fuerte en la sociedad uruguaya de llevar adelante, en forma más consecuente, una política de integración en el MERCOSUR.

¿Por qué es importante una política de regionalización en estos días? Porque puede representar una gran solución para nuestros problemas económico-sociales. Obviamente es importante porque eso puede darnos una fuerza mucho mayor en el ámbito internacional y, por lo tanto, permitirnos

ser más eficaces en el objetivo general de cambio de la relación de fuerzas a nivel internacional. Y es también importante, sin duda alguna, en la medida en que un proceso de integración nos traerá enormes ganancias desde el punto de vista democrático y cultural. El MERCOSUR, a mi juicio, está frente a grandes retos, uno de los cuales es tratar de definir un perfil más allá del que tiene hoy día, el cual fue muy limitado por las políticas defendidas por los dos países más importantes. Lo que ha fracasado en cierto momento no fue tanto la idea de MERCOSUR, sino más bien las políticas que llevaron adelante Brasil y la Argentina y que, de hecho, o impidieron que el MERCOSUR se profundizara o hicieron que tuviera un límite más débil. Creo que con los cambios, y sobre todo con la perspectiva que se desarrolla en nuestros países –y pienso que ese clima va a generalizarse en la región–, tendremos la posibilidad de pensar en nuestros países más allá de una Unión Aduanera y también como un gran espacio de integración y de complementariedad económica, que por supuesto no es una cuestión fácil de resolver. Todos los días vemos los enfrentamientos que se producen de naturaleza sectorial, para los cuales hay que tener una política firme de los Estados y, sobre todo, la necesidad de crear instrumentos de compensación que permitan que el MERCOSUR, como idea general, no sea perjudicada por

intereses sectoriales. Pero, más aun, creo que la cuestión fundamental que tenemos por delante es una integración de naturaleza social y política. Y en ese particular, todas las discusiones sobre su institucionalidad van a cobrar una importancia enorme. Estuve, hace tres semanas, discutiendo en el Senado de la República Argentina un tema que me parece muy sugestivo: la formación del Parlamento del MERCOSUR. Es sorprendente que, en lo que se refiere a las propuestas de Brasil y de la Argentina, por lo menos, hay una enorme convergencia que surge de ideas muy precisas, algo que también está presente en el pensamiento de muchas fuerzas de Uruguay y de Paraguay. En primer lugar, hay una posibilidad de compatibilizar políticas de regionalización con cestos de soberanía nacional que se puedan hacer en el ámbito institucional. A veces, cuando veo sectores de derecha defendiendo la tesis de la soberanía nacional, diciendo que un MERCOSUR más profundizado sería imposible porque traería problemas para esa soberanía, me dan ganas de reír, porque personas que hacen todos los días cesiones de soberanía nacional en cosas mucho más importantes –por ejemplo cuando firman los acuerdos con el FMI u otros acuerdos que contienen imposiciones drásticas, porque muchas veces significan cambios de políticas monetarias y cambiarias–, ahora se ponen muy nacionalistas para defender cosas a las que, en el fondo, no le dan la menor importancia. Además, creo que en la medida en que avanzamos en, por ejemplo, el establecimiento de un Parlamento del MERCOSUR, que por supuesto en los primeros años tendrá atribuciones muy limitadas, las grandes diferencias que se van a establecer no serán diferencias que vayan a oponer a países grandes con países chicos, sino que van a ser diferencias de carácter vertical, porque van a oponer familias políticas presentes en los cuatro, cinco, seis o cuantos países participen. Actualmente, los conflictos que observamos en el Parlamento Europeo, no son conflictos que oponen a Francia con Alemania, o Polonia a

Reino Unido, sino que oponen a las grandes familias políticas de los partidos conservadores, de los partidos de izquierda y otras tendencias. Pienso que la existencia del Parlamento, aunque tenga una eficacia política institucional muy pequeña en un primer momento, tendrá una eficacia simbólica importante. Porque en el fondo será el espacio de discusión institucional más poderoso de los grandes temas de política económica que vamos a tener por delante y que muchas veces no pueden realizarse con la fuerza necesaria en el ámbito de las reuniones presidenciales. ¿Qué quiero decir? Internacionalización de las normas, cuestión fundamental; mecanismos de solución de controversias, también importante; constitución de una burocracia efectiva, capaz de realizar las tareas de integración del MERCOSUR; política externa común, terreno en el que ya avanzamos bastante cuando conseguimos una negociación solidaria en el ámbito de la OMC, del G-20, del ALCA, en los acuerdos que se firmaron con África del Sur, con la India e, incluso, en el proceso de expansión del MERCOSUR hacia América del Sur.

Los retos más cruciales

Y aquí quiero introducir otra cuestión que me parece importante. Creo que la tendencia normal del MERCOSUR va a ser hacia su expansión, en una dialéctica de avance múltiple y compleja. En la medida en que el MERCOSUR tenga capacidad de ganar consistencia y de profundizar su integración económica más allá de la integración puramente comercial, de constituir instituciones sólidas, ejercerá un poder de atracción muy fuerte sobre otros países de la región, y por lo tanto tendrá la capacidad de consolidar esa política de acercamiento. Tenemos como miembros asociados a Chile y a Bolivia. Con Chile diría que en el ámbito económico las relaciones son un poco más difíciles, teniendo en cuenta que hizo opciones de política de inserción internacional muy distintas de aquellas que nosotros hicimos,

pero creo que tenemos una capacidad de acercamiento político muy fuerte que deberíamos explotar más. Y creo que por suerte hay una comprensión de todos los países, lo cual es algo que puede reproducirse. Hicimos un acuerdo con Perú, y ahora en los próximos días, en la reunión donde la Argentina se despidió de la presidencia temporal del MERCOSUR, tendremos una discusión sobre la firma de un acuerdo entre el MERCOSUR y la comunidad andina, que ojalá provea condiciones para ser la base de una comunidad sudamericana de naciones.

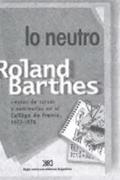
Creo que además tenemos por delante retos más cruciales. La cuestión de un instituto monetario que nos permita ir discutiendo concretamente el objetivo de tener una moneda única, la constitución de una gran infraestructura para dar una consistencia mayor a las políticas económicas de nuestros países, incluso crear efectos sociales importantes en términos de empleo, y tantos otros desafíos. Pero me gustaría concluir esta exposición diciendo que todos los avances que logremos en el ámbito de la construcción del MERCOSUR, no pueden quedarse exclusivamente en manos de nuestros gobiernos y de nuestras diplomacias. Son cuestiones suficientemente importantes como para que el conjunto de la sociedad las tome en mano, y en particular aquellos sectores de izquierda como nosotros, que supimos atravesar ese doloroso y complejo desierto que fue no sólo resultado de la represión que se nos impuso, sino también de las dificultades político-culturales que enfrentamos en estos últimos años. El hecho de que estemos reunidos ahora es un síntoma evidente de que tenemos la capacidad de realizar una contribución importante, creo, en el ámbito gubernamental y también fuera de él, para construir junto con las instituciones del MERCOSUR una integración sudamericana, a la vez que construir una nueva cultura política progresista dentro de esa integración. Y pienso que eso ya sería una buena razón para saludar este viernes del Club de Cultura Socialista José Aricó. ♦

NOVEDADES

Siglo veintiuno editores Argentina



LA DICTADURA NAZI
Problemas y perspectivas de interpretación
COLECCIÓN HISTORIA Y CULTURA



lo neutro
Roland Barthes



EMPRESARIOS, TECNÓCRATAS Y MILITARES
Lecturas esenciales de la última dictadura
ALFREDO PUCCIARELLI

- **Ian Kershaw**
LA DICTADURA NAZI
Problemas y perspectivas de interpretación
COLECCIÓN HISTORIA Y CULTURA
- **Roland Barthes**
LO NEUTRO
Notas de cursos y seminarios en el Collège de France, 1977-1978
EDICIÓN AL CUIDADO DE BEATRIZ SARLO
- **Alfredo Pucciarelli (coord.)**
EMPRESARIOS, TECNÓCRATAS Y MILITARES
La trama corporativa de la última dictadura

Tucumán 1621 7° N • Buenos Aires • Tel / Fax (54 11) 4373 8516 y rot. • info@sigloxeditores.com.ar

La integración regional debe ser parte central de nuestros modelos nacionales

Jaime Gazmuri

Como a muchos otros compatriotas me tocó vivir un exilio porteño y argentino, que coincidió con la fundación del Club de Cultura Socialista y con la recuperación de la democracia en Argentina, la que vivimos muy de cerca en esos años. Ya entonces la presencia de Pacho Arió era un gran referente intelectual de la izquierda y del progresismo latinoamericano, y ahora, su memoria continúa presente en este encuentro que se hace en un momento donde el tema que nos convoca —la integración, la idea de un proyecto político común, de una izquierda regional— nos permite pensar que vivimos un momento en América del Sur en el que efectivamente una pudiera pensar en el desarrollo de una izquierda democrática con gravitación nacional en muchos de nuestros países y que podría constituirse en un factor articulador muy importante de los procesos de integración.

Parto de la premisa de que los procesos de integración, mientras más profundos son, requieren de un motor político potente. Porque para ser profundos tienen que ser nacionales y no proyectos de una única corriente o de una sola familia política. La integración europea, que es la más reciente y en la que siempre nos miramos como en el espejo, fue el resultado de una voluntad política. Claro, no todos eran de izquierda, pero todos tenían la voluntad de construir una Europa que superara sus divisiones, y una cierta idea civilizatoria de cómo esa Europa debería ser. Por decirlo de una manera esquemática, de una Europa distinta al modelo de EE.UU. Y las derechas europeas —uno las quisiera tener en casa, porque son civilizadas, democráticas y hasta a veces tienen sentido social— también han compartido, de alguna manera, esa concepción. No son las mismas derechas que nosotros

tenemos, herederas de concepciones y tradiciones autoritarias y sostenedoras de modelos de sociedad donde la exclusión social ha sido una constante histórica.

Ahora bien, hay una recurrencia retórica en los temas de la recuperación. Vengo de participar en un seminario en Santa Cruz el fin de semana pasado. Fue el primer encuentro de la Comisión Parlamentaria del MERCOSUR y del Parlamento Andino, y allí había un cierto reclamo por esta idea de la vieja retórica integracionista que nunca se concreta. Al respecto, quiero hacer sólo una reflexión: ¡es notable que esta retórica se haya mantenido por doscientos años! Pero la verdad es que durante estos doscientos años, básicamente lo que hemos hecho es construcción de Estados nacionales, en el siglo XIX, y políticas de desarrollo de los Estados nacionales y de las sociedades nacionales, en el siglo XX.

De eso nos hemos ocupado en este continente casi por dos siglos. No quiero hacer la historia, pero creo que es algo claro. Además, en el siglo XIX construir los Estados nacionales fue mucho más difícil en la parte hispaníca de Sudamérica que en la parte de ascendencia lusitana, porque los portugueses construyeron un buen imperio que le facilitó posteriormente algunas cosas a la república. Pero en general en América latina, la construcción de los Estados nacionales nos llevó también un siglo de andar gurreando entre nosotros, en el interior de los países y entre los países. Y en el siglo XX, todas las experiencias exitosas de desarrollo fueron procesos pensados y desplegados desde el punto de vista de la nación como las habíamos construido en el siglo XIX, como el espacio de nuestros proyectos políticos. Me refiero fundamentalmente al desarrollo de los años 40, de los 60, los tardíos 70, los procesos de industrialización, en fin, todo aquello que hizo de Brasil una potencia industrial de primer or-

den mundial, también el desarrollo diferente de la Argentina, con los gobiernos de Perón, o el vigoroso desarrollo de México de los años 40 a los 60. Y en este escenario, las izquierdas de América latina tuvimos —con toda su diversidad, con nuestras afinidades ideológicas; en procesos y proyectos más o menos afines o más o menos distintos— siempre a la nación como referente principal. Incluso en la época de las izquierdas revolucionarias de los años 60 y 70, en las que participamos muchos de los que hoy estamos acá, el carácter de la revolución planteada fue fundamentalmente nacional, sobre todo en las que tuvieron mayor desarrollo. Diría que la única empresa de izquierda regional latinoamericana del siglo XX fue la que realizaron las distintas guerrillas, las de alguna u otra manera terminaban teniendo como punto de referencia a La Habana. Pero la revolución no fue una experiencia en general muy exitosa.

La lucha antidictatorial

Los años 70 y los 80 nos encontraron a todos combatiendo a las dictaduras y desarrollando un proceso de reflexión crítico, del cual este Club es una muestra. Fueron muchos los elementos que permitieron en este período una renovación importante del pensamiento de la izquierda, el reencuentro con la democracia y la constitución de partidos o coaliciones de izquierda y de centroizquierda con fuerte gravitación nacional en distintos países. Durante los años 90 las izquierdas en general o las centroizquierdas, no estuvieron en los gobiernos de América latina, salvo en Chile.

Un paréntesis sobre Chile y sus éxitos económicos, que han sido comentados aquí. Efectivamente en estos últimos catorce años hemos tenido éxitos que han sido interpretados de manera más bien intencionada y no precisamente por nuestros amigos. La verdad es que los éxitos chilenos tienen que ver con la conducción de centroizquierda que hubo en momentos muy difíciles. No hemos seguido la ortodoxia neoliberal, ni la del FMI,

sino una política de apertura, de responsabilidad macroeconómica, pero de intervención pública en muy diversos aspectos, y eso nos permitió democratizar el país, tener éxitos económicos y sociales considerables. Mirando al país con las perspectivas de los años 90 —que fue una década de regresión social terrible en todo el mundo— registramos avances importantes en la disminución de la pobreza. Y eso tiene que ver con un conjunto de políticas públicas e incluso de políticas macroeconómicas aplicadas con mucha responsabilidad, por ejemplo impidiendo el ingreso de capitales golondrina con la intervención del Banco Central. El FMI tuvo que aceptar eso porque no teníamos deuda, y cuando no se tiene deuda obviamente más independencia en la política económica. Todo ello permitió a la economía chilena sortear dos crisis internacionales graves desde el punto de vista financiero. Los éxitos chilenos, con todas sus limitaciones, tienen que ver también con una conducción distinta a la que hubo en otros países de América latina, donde la ortodoxia neoliberal se aplicó con gran entusiasmo y con los resultados que conocemos.

Por lo tanto, la reflexión básica que quisiera transmitir es que pensar en una izquierda, una centroizquierda en América latina y en América del Sur —también como Marco Aurelio García diría una izquierda-centro—, tiene que ver con el dato básico de que si la integración es o no parte central de nuestros proyectos nacionales. Si ello es así, efectivamente vamos a construir un tipo de integración en la cual podamos ser un motor esencial. Creo que a estas alturas está todo dado para que sea así. En primer lugar por lo que aquí ya se ha dicho: América del Sur, como sujeto principal del proceso de integración en este continente, tiene su eje en el MERCOSUR, en el MERCOSUR ampliado. Considero que Chile debe ser parte integral de ese proceso, a pesar de algunos tecnicismos económicos que habrá que ir resolviendo. Abierta al contexto de América latina, es evidente que América del Sur puede constituirse en un

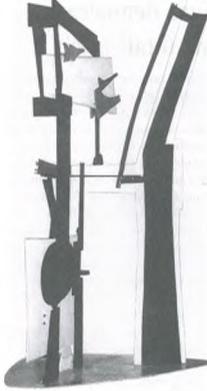
actor de peso en el reordenamiento del mundo global. Porque en el mundo global hay muchas cuestiones que no se van a resolver a nivel nacional ni regional, sino a un nivel que establezca un orden regulado que no tenga la lógica del unipolarismo norteamericano. Los actores del nuevo orden mundial, incluyendo a los que luchan por establecer un orden indispensable en el mundo global, están más o menos definidos: van a ser EE.UU., Europa, sin duda y con papel creciente China, puede aspirar a serlo también India, con su inmenso potencial, no se sabe bien el papel que va a ocupar Rusia, y América del Sur también puede ser un actor relevante. Pero para concretarlo tiene que haber un proceso de unidad política entre nosotros, si no, vamos a ser víctimas más que actores del orden que se vaya construyendo en el mundo.

Además, creo también que como espacio económico somos un espacio que le puede dar perspectivas de desarrollo a todos nuestros países, pese a las grandes diferencias que hay. Es evidente que las economías pequeñas y medianas como la chilena, tienen

problemas distintos. Aun las grandes economías como la de Brasil o la de la Argentina tienen también sus especificidades. Habrá que ver cómo convivimos con ellas. Pero la generación de un espacio social y económico común es también un asunto que favorece el desarrollo de todos nuestros países. Y eso requiere una visión común de los proyectos de país. Tenemos que tener una cierta mirada compartida sobre qué tipo de desarrollo vamos a impulsar en este espacio común. Obviamente no adherimos al paradigma del Consenso de Washington, y no sólo por que seamos de izquierda, sino porque dejarle todas las decisiones al mercado es una propuesta que ya fracasó. Y en estas tierras mucho más.

Por todas estas razones, creo que se abre un cultura distinto al anterior, una cultura diferente a la que inspiraba la visión común del desarrollo de nuestros países. El nuevo espacio tiene que tener a los Estados como agentes muy activos, capaces de enfrentar el tema de la inclusión social como elemento central, pues la exclusión y la desigualdad no nos van a permitir desarrollarnos plenamente. Eso tiene que ser parte de la solución, y por lo tanto creo que la integración política requiere ciertos consensos sobre el tipo de sociedad, el mínimo civilizatorio y social que perseguimos.

Finalmente quisiera decir que el tema de la construcción política a partir del MERCOSUR, y ampliada al resto de América latina, a mi juicio es el dilema central que enfrentaremos en los próximos años. Y si el potencial es tan grande, sostengo que el camino es la construcción de instituciones políticas supranacionales en diversos ámbitos. Sin duda ello significa inevitablemente procesos de cesión de soberanía en materia monetaria, de regulaciones comunes, de sistemas arbitrales que nos obliguen a todos, de estándares sociales mínimos que vayan siendo crecientemente obligatorios para todos los integrantes. Y eso requiere fortalecer una tradición política y cultural que no tenemos, porque tenemos una trayectoria bicentenaria como naciones independientes, de afirmación



MARTÍN BLASZKO

de lo nacional. ¿Cómo pasamos de esa etapa, de esa cultura, de esas instituciones, a generar en los ámbitos más estratégicos, instituciones comunes que efectivamente nos permitan desarrollar todo el potencial colectivo? Ése es el mayor desafío. En este camino, junto con los actores sociales, que son fundamentales, se están dando en el continente, integraciones en muchos planos y en forma creciente, ya sea a nivel empresarial, intelectual, etcétera.

Sin embargo, el tema de los actores políticos es central. Y por ello hay que generar un matrimonio entre la comunidad política de la izquierda democrática y la intelectualidad de esa izquierda democrática en nuestros países. En algunos tenemos partidos que contienen claramente el ideario de la izquierda democrática. En otros países, como la Argentina, esa convocatoria es más plural, diversa, a veces conflictiva. En Perú hay una reconstitución de la izquierda democrática después de los graves problemas que hubo durante casi veinte años. En Bolivia hay un cuadro de recomposi-

ción política muy complejo. Afirmo que no va a haber integración si no hay actores políticos que sean capaces de llevarla a cabo. Y por lo tanto, la generación de espacios para construir y fortalecer una comunidad de actores políticos de izquierda democrática en el continente es una condición de la integración, porque aun cuando las fuerzas conservadoras de nuestros países son indispensable en este proceso, no creo—por lo menos en mi país no va a ser así—que vayan a convertirse en sus motores. Los motores vamos a ser nosotros. Y si tenemos una coyuntura histórica propicia, si se da la situación de que estemos en posiciones de tener alguna capacidad de influencia en la conducción de nuestros países, de nuestros Estados, si se nos da esa alternativa tenemos que aceptarla como una posibilidad histórica y empujar las cosas más allá de lo que dan los procesos graduales y naturales. Vale la pena empujarlos lo más que se pueda. Creo que las condiciones están presentes, pero se requiere de una dosis de voluntad mayor. Muchas gracias. ♦

Un sistema de alternancia democrática frente al movimientismo totalizador

Chacho Álvarez

En principio, gracias por la invitación. Es un placer compartir este coloquio y el aniversario del Club de Cultura Socialista con invitados del nivel de Marco Aurelio García y de Jaime Gazmuri, que además son muy buenos amigos. También me da mucho gusto participar en la misma mesa con Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola.

Voy a dividir mi exposición en tres partes. En la primera, trataré de definir sintéticamente los elementos que tensionan la identidad histórica de la izquierda o, para decirlo de otra manera, lo que ha cambiado de las notas fundamentales de lo que constituyó la tradición de la izquierda. En segundo lugar, creo que es relevante tratar

de avanzar sobre la importancia que tiene para el proceso de integración el protagonismo de tres presidentes latinoamericanos que coinciden en una visión sobre la situación de nuestras sociedades y las perspectivas y desafíos que se enfrentan. Una aproximación a definir es si la existencia de estos tres liderazgos—el de Lula, el de Lagos y el de Kirchner, y eventualmente el de Tabaré Vázquez en Uruguay—puede significar que el proceso de unidad de la región va a ser objeto de un fuerte envión histórico o, como se decía en España respecto de la Unión Europea, acaso vayamos a presenciar “una galopada”. Y el tercer tema que quiero abordar sintéticamente es el caso argentino, porque en nuestro país, si bien no existe un partido de centroizquierda,

como es el caso del PT brasileño y del socialismo chileno, si tenemos un Presidente que, a pesar de provenir del Partido Justicialista, por concepción y acción—por lo menos hasta el momento—lo podemos situar en el hemisferio de la centroizquierda. Esta paradoja de un presidente corrido a la izquierda, con un partido de rasgos conservador y clientelístico, hace el tema nuestro más complejo, y de allí que merezca una reflexión especial.

Sobre la identidad de la izquierda

Comienzo, entonces, por las cuestiones de la identidad de la izquierda. En principio, desde los años 80 en Latinoamérica, época de la deuda y la inflación, comienza a producirse un cambio en la relación entre la política y la economía. La izquierda en general pensaba que lo determinante era la voluntad política, que era desde allí que se modificaban las relaciones de poder, la economía y la sociedad. Desde la voluntad se organizaba un sujeto, sea la clase o el pueblo, y esto posibilitaba el acceso al Estado como el dispositivo y espacio privilegiado para la ejecución de una política de transformaciones radicales. Esta visión se transformó drásticamente al calor tanto de los cambios del contexto internacional como del de nuestros propios países. La exposición de Marco Aurelio García sobre la situación del Brasil es bastante elocuente de lo que estoy mencionando. Lo mismo si tuviéramos que describir los últimos años de nuestro país, donde la preeminencia de la economía en la crisis y el derrumbe no deja lugar a dudas. Del mismo modo que el proceso de globalización acota los márgenes de autonomía estatal, afectando otra de nuestras viejas certezas o tradiciones, sean leídas en clave nacional popular, socialista o de izquierda revolucionaria. El Estado era el espacio donde se organizaban o representaban las fuerzas destinadas a producir el cambio y se pensaba que estábamos frente a un dispositivo de poder casi ilimitado en tanto fuerza capaz de organizar a las fuerzas más dinámi-

cas y transformadoras. Estas premisas, por supuesto, también fueron impactadas por los cambios y modificaciones en las fronteras que demarcan la relación Estado, mercado y sociedad. Y, por otra parte, ya no existen sujetos privilegiados, actores centrales o partidos de masas capaces de transformar el consenso de la ciudadanía en poder. Es decir, la idea de poder va cediendo o rearticulándose en una realidad mucho más atomizada, compleja, que no acepta simplificaciones ni relatos totalizadores.

El último aspecto que interpela a la izquierda en América latina es la relación entre crecimiento y distribución de la riqueza porque, en definitiva, y más allá de los procesos modernizadores y actualizaciones teóricas, no existe la identidad de una izquierda democrática si no se observan cambios importantes en los patrones de redistribución del poder y de la riqueza, es decir, si no se distribuye el ingreso con un criterio de justicia social. Si tuviésemos que resignificar la identidad de una izquierda democrática en América latina, deberíamos hacer hincapié en la democratización de la democracia, es decir, en su profundización y, al mismo tiempo, en el compromiso con los sectores más vulnerables de nuestras sociedades, que se expresa en el combate a la exclusión y la pobreza y—como decía antes—en una mejor distribución del ingreso. Éstos son, desde mi perspectiva, los dos núcleos más relevantes de una identidad que se despliega en la región más desigual del planeta y, por lo tanto, abre un cuestionamiento a la sustentabilidad de nuestras democracias.

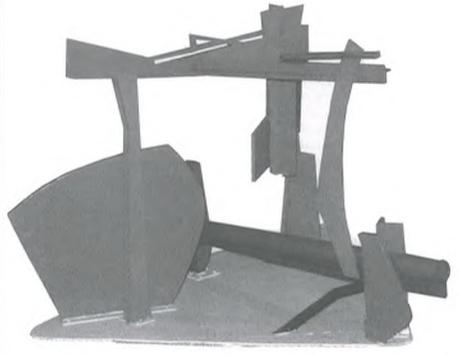
Finalmente, quiero agregar un hecho que quizá pase inadvertido o al que se le da poca importancia: la izquierda proyecta desde la oposición una imagen simplista de la resolución de los problemas y, en general, en línea a favorecer a los sectores populares. Si se escuchan los discursos, pareciera que allí descansan todas las verdades que otros desoyen por reaccionarios o por necios. Y luego en el gobierno encontramos o he-

redamos situaciones límites o muy difíciles. Nos pasó a nosotros, a Lula, le va a pasar a Leonel Fernández en Santo Domingo o a Noriega en Panamá. Entonces el camino se hace más arduo, complejo y hasta se pone en riesgo la identidad o, por lo menos, el perfil sostenido desde la oposición.

La tarea de una izquierda democrática en nuestros países se relaciona con lo que Ralph Dahrendorf llamó para los países europeos “la cuadratura del círculo”: unir la mejor calidad democrática con el crecimiento económico y la equidad social. Estos tres atributos nunca estuvieron juntos. Asistimos a procesos exitosos de crecimiento sin democracia y sin justicia social; o a profundos procesos de transformación social, como fue el caso del peronismo, junto a un gran desprecio por lo institucional; o, por último, a democracias razonables con recesión, crisis económica y profundización de las desigualdades. No ha existido un proceso en nuestro continente que haya articulado esos tres aspectos de la realidad: fortaleza institucional, desarrollo económico y justicia social. Por eso señalo que ese sigue siendo el gran reto para las fuerzas progresistas de nuestro continente.

Las oportunidades

Quiero plantear, en esta segunda parte de mi exposición, las oportunidades que tienen nuestros países en la actual etapa, en la cual observamos que se da la mayor conjunción de gobiernos progresistas en la región. Quiero decir o preguntar: ¿cuáles deberían ser los avances en la integración regional a partir de los gobiernos de Lula, Lagos y Kirchner y, eventualmente, Tabaré Vázquez? Creo que no podemos esperar de este tiempo la idea de un paradigma totalizador alternativo o superador del neoliberalismo, como esperaban o suponían algunos sectores de la izquierda tradicional, pero sí la posibilidad de que—al igual que en los años 60—América latina comience a delinear programas o proyectos de desarrollo que identifiquen un pensamiento propio, no de ruptura, de enfrentamiento o de aislamiento sino como una manera particular de ver los problemas y nuestras soluciones a partir de una óptica propia, sin pretensiones fundacionales. Un pensamiento latinoamericano adaptado a nuestros desafíos y al contexto histórico en que vivimos. Debería ser una de las maneras de ganar



MARTÍN BLASZCO

presencia o más influencia en los centros de poder, tanto en Estados Unidos como en Europa, y un puente para armonizar posiciones con las nuevas potencias emergentes, sean China o la India.

Hay que superar, desde mi punto de vista, la idea de que un gobierno de izquierda es necesariamente portador de un salto radical de la sociedad y, en cambio, acostumbráramos a la noción y al concepto democrático de la alternancia, como sucede en Europa. Es decir, la centroizquierda o izquierda democrática como parte importante de los sistemas políticos, que puede ser gobierno o alternativa. Yo deseo que los gobiernos amigos, como el de Brasil y el de Chile, estén muchos años en el poder, pero me parece que deberíamos estar abiertos a la posibilidad de que esto no sea así, y me parece bien, porque la democracia en nuestro continente tiene que consolidarse a partir de un sistema de alternancia, evitando la idea movimientista o totalizadora, que se asemeja a la idea salvacionista o redentora de nuestras sociedades, a la que la tradición de izquierda es tan proclive.

Entonces, por un lado, creo que liderazgos progresistas deben consolidar nuestras democracias, avanzar en la justicia social y profundizar las condiciones de la integración. Esto en el marco de ir logrando articular un pensamiento común o un sistema de ideas, de iniciativas y de propuestas que vayan enlazándose como parte de una misma visión, no sólo en lo que hace al diagnóstico de la situación sino en los lineamientos y en las acciones hacia adelante.

Hay que fortalecer el núcleo duro sudamericano de la integración con eje en el MERCOSUR, pero también incluir a México y Venezuela para construir el espacio latinoamericano, aun cuando tengamos que aceptar una integración con dos velocidades. Simultáneamente, tenemos que profundizar una idea muy sugerente del Presidente Lula de avanzar hacia una nueva geografía comercial mundial, promoviendo la participación de la región como un actor importante en

el camino de cambiar las relaciones de fuerzas a nivel del comercio global. Ya no se trata de la contradicción "liberación o dependencia", sino de cambiar las reglas del comercio internacional y plantear la batalla contra la discriminación de nuestras economías y nuestros productos. La importancia de la región dentro del Grupo de los 20 habla de una tarea de complementación y de integración que nos convierte en un actor político muy importante.

Al mismo tiempo, articulados con la socialdemocracia europea que hoy nuevamente apunta a gobernar los países más importantes de Europa, es necesario coordinar posiciones sobre la reformulación de las instituciones políticas y financieras que gobernan el mundo después de la posguerra. Tanto las Naciones Unidas en el plano político-institucional como el FMI en el financiero, son organizaciones que deben ser reformuladas, y para incidir en este tópico hay que avanzar en una alianza con los gobiernos europeos dispuestos a realizar esa tarea. Creo que todos estamos contestes acerca del desfase de velocidades entre el proceso económico, financiero y tecnológico y el grado de avance de la integración política. Este desfase es el mayor obstáculo para darle gobierno y nuevas instituciones al proceso globalizador que, como sabemos, tiende a concentrar riqueza y generar mayores desigualdades y tensiones sociales. La política sigue estando -desde mi perspectiva- muy recostada en los ámbitos nacionales donde, por supuesto, se juega la suerte de los gobiernos, y menos predispuesta a avanzar en relaciones, articulaciones y desarrollos institucionales que permitan enfrentar con más eficacia el proceso de mayor interdependencia en lo económico y financiero.

Si hubo un momento de la centralidad del Estado-nación, ahora habrá que avanzar hacia el Estado-región y, por supuesto, la emergencia de liderazgos con una clara visión estratégica sobre la necesidad de la integración debería corresponderse con

un camino de profundización e institucionalización del marco regional. Y al mismo tiempo, trabajar con nuestras respectivas sociedades en relación con la importancia decisiva de ese proceso. Ya lo vimos en Europa, donde, después de tantos años, las sociedades nacionales demuestran un desapego político por los temas de la integración, los ciudadanos votan parlamentarios europeos con la lógica de avalar o castigar a la administración nacional y existe un gran abstencionismo a la hora de participar en dichas cuestiones.

Esto supone la necesidad de ir integrando también por abajo, conectando los núcleos más organizados de las diferentes sociedades civiles, avanzando en el plano de las ideas, propuestas y acciones que permitan desplegar una tarea pedagógica que ponga el énfasis en los beneficios concretos del proceso integrador para nuestros pueblos. De lo contrario, se corre el riesgo del encierro capular, es decir, de un sendero del cual sólo son conscientes una parte de las élites de nuestros respectivos países, quedando afuera la mayoría de los ciudadanos. Pongo un ejemplo: me estoy imaginando -con el descrédito que tienen en mí país los partidos políticos y el Congreso- la difícil tarea de conseguir que la gente acompañe la conformación del Parlamento del MERCOSUR, con los costos y la burocracia que ello implica. Entonces, sabiendo lo importante que es que las nuevas instituciones nazcan con el mayor grado de legitimidad popular, es necesario realizar una tarea de enlace en diferentes niveles, como la educación, la ciencia, la técnica, las políticas sociales y, por supuesto, la infraestructura y los servicios estratégicos, como el de la energía. Si le reclamamos a la política mayor centralidad respecto de las cuestiones nacionales, los presidentes con visiones progresistas deberían trasladar esa premisa al plano regional, y ésta es una diferencia con las concepciones conservadoras o de derecha, que confían estos procesos a las fuerzas del mercado o sólo entienden el

proceso de integración en clave comercial.

El escenario nacional

Por último, me quiero referir brevemente a lo nacional. Desde mi perspectiva, se abrió un proceso interesante a partir del surgimiento de un Presidente que obtuvo dos o tres cuestiones muy importantes. Por ejemplo, cambiar la relación de sentido entre la política y la economía, es decir, restituir la política en un lugar más decisivo y menos atada o subordinada a las lógicas económicas o a los factores de poder. En el mismo sentido, reconstituye la autoridad, que es muy importante en un país que acaba de sufrir la crisis económica más profunda de su historia. Que un presidente afirme la autoridad y a la vez logre un nivel de apoyo y de consenso importantes no es un dato menor, sobre todo si tenemos en cuenta la fragmentación del proceso electoral y la crisis de representación que, si bien ha mermado, no significa que ya no exista. Por eso, la presidencia Kirchner hay que observarla desde un contexto de debilidad inicial, de ausencia de liderazgos convocantes y desde el hecho de que el único partido sobreviviente que le puede garantizar gobernabilidad al país es el Justicialismo. En este sentido digo que nos sucedió lo mejor, si tomamos conciencia de que no somos Noruega ni tampoco tenemos un De Gaulle para fundar una nueva República.

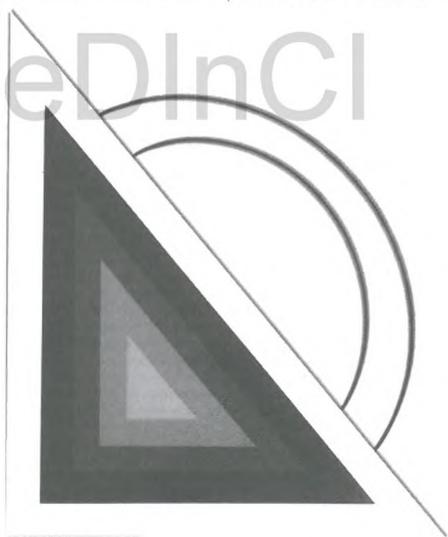
El proceso de reformas en la justicia y en las fuerzas de seguridad es importante si se evita que al Presidente le construyan desde afuera un relato que empante el clima reformista con los años 70. Quiero decir que los cambios político-institucionales, deberían asociarse a un horizonte de futuro, a un proyecto de país que poco tiene para aprender de la experiencia setentista. La discusión a fondo de esta experiencia quedó relegada o subsumida en lo que fue el terrorismo de Estado, y éste ha evitado un debate político que fuese capaz de analizar profundamente los erro-

res cometidos en esa época, al margen de la exaltación de los valores e ideales que presidían la tarea militante. Uno percibe que existe una derecha comunicacional que se empeña en situar ciertas transformaciones con relación a aquellos años, y algunos hechos producidos por el Presidente parecen beneficiar esas interpretaciones que, en realidad, intentan operar como un sistema de descalificaciónes.

Las incógnitas aparecen con relación a cuánto puede durar el envío reformista de la actual administración, que no cuenta con el aval decidido de su partido y mucho menos del sistema político, y, por otro lado, a que no han surgido nuevas fuerzas progresistas con capacidad para aportar a un proceso profundo de cambios. Un relato hacia adelante debería

articular la tradición de justicia social y redistribución del ingreso del peronismo con una tradición ausente, que es la liberal-democrática, en cuanto a poner el acento en la centralidad de la ley y en el mejoramiento de la calidad institucional. El consenso logrado por el Presidente respecto de los sectores medios urbanos se basa, precisamente, en que ha conecado con un clima exigente en cuanto a transparencia, reformas de fondo y recuperación de la autonomía frente a las presiones corporativas y los factores de presión y de poder. Un país en serio -o un país normal, como reza la propaganda oficial- sugiere un nuevo contrato social en torno a un nuevo tipo de legalidad que funcione para todos.

La impunidad que existía y existe para los saqueadores de este país pare-



CARMELO ARDEN QUIN

ce impedir, por ejemplo, el resguardo del espacio público ante las tácticas de vanguardias ideológicas que, en representación del mundo piquetero, parecerían estar apostando a recrear las condiciones de una Argentina violenta.

Para terminar, creo que es necesario en el país reconstruir una fuerza de izquierda democrática, porque existe un vacío de representación, un punto de vista que no está expresado ni en el discurso de un gobierno que remite a la izquierda peronista ni en una oposición por izquierda que iguala a Menem con Kirchner. Por eso sería muy importante que se lograra articular una fuerza con autonomía —no como apéndice gubernamental—, capaz de configurar su propia agenda con la flexibilidad suficiente para articularse con el gobierno en los temas en que se coincide, como en diferenciar a u oponerse según crite-

rios propios que no deben estar sobre-determinados por la coyuntura. Esa izquierda democrática tendría un enorme desafío, ya que no se trata de ser una oposición esperando el fracaso o la caída de lo actual —pues sabemos que si a este gobierno le va mal, la derecha es la que va a estar más cerca del relevo— sino colaborando críticamente, porque es difícil que un presidente apoyado por el Partido Justicialista pueda profundizar las reformas que ha iniciado.

Espero que el próximo año, cuando hagamos un nuevo panel sobre las tareas del progresismo en América latina y las cuestiones de la integración, pueda estar sentado en este lugar, junto al PT brasileño y al socialismo chileno, un representante argentino de una izquierda democrática plural, renovada, con programa, autonomía y vocación de mayoría. ♦

El protagonismo de la política y la construcción de un relato hacia el futuro

Emilio de Ipola

La intervención, que quisiera dedicar a la memoria de Norbert Lechner, tan ausente y tan presente en esta reunión, ha sido prevista como un comentario de las intervenciones anteriores. Se trata de algo que no podría haber hecho *a priori*. Sin embargo, sospechando algunas cosas, habiendo leído artículos recientes, creí poder anticipar lo que se diría y esbozar lo que se podría añadir, recusar o aprobar. Subrayo una novedad obvia: hace dos o tres años también anticipábamos con cierta resignación lo que pasaría hoy. En aquel momento hablábamos de colapso, de estadio terminal, y afirmábamos que, de haber una salida para la crisis, sería una salida de derecha, a la cual habría que aceptar como el mal menor. Ahora podemos discutir en mejores condiciones y con expectativas más venturosas y podemos discutir aquí con Marco Aurelio García, con Chacho Álvarez, con Jaime Gazmuri, dicho-

so por esas tres queridas presencias, y con menos pesimismo. Sorpresas que suele tener la historia, que, como se ha dicho muchas veces, avanza por el lado que menos se espera. De todas maneras, las intervenciones me permiten respetar el tiempo acordado: creo, como Chacho Álvarez, que se trata de construir un nuevo relato, una nueva narrativa histórico-política que permita hacer un balance del pasado, ver mejor el presente y proyectarse con alguna base hacia el futuro. Chacho no dice una nueva teoría; no dice tampoco un nuevo "gran" relato. Dice un relato a secas, pero un relato nuevo, que se sirva de los precarios instrumentos que nos han dado lo que sabemos y lo que hemos vivido y lo inscriba en un contexto con sentido, inteligible, apto para repensar una intervención política que no se olvide de los errores, no subestime ni sobreestime los aciertos, no sea pretenciosa ni timorata. Estoy completamente de acuerdo con esa aspiración, que implica un avance en nuestra manera de

encarar la relación entre pensar y hacer. Además, querría agregar algo sobre la construcción, en el presente, de una alternativa de centroizquierda, o de izquierda democrática, de carácter regional. Comprendo que esa alternativa se presente en principio como una construcción institucional en la que los Estados tienen la iniciativa. No es la primera vez que algo de eso ocurre en nuestro continente.

Me gustaría agregar que en esa construcción deberían adquirir protagonismo la sociedad y los partidos políticos, y nadie estará en desacuerdo con ello. En este punto entiendo que en nuestros países hay una asimetría muy visible: existe una izquierda democrática desde hace tiempo en Brasil, existe en Chile, existe en Uruguay, todas como producto de una laboriosa historia, puntuada muchas veces por derrotas, algunas de ellas trágicas, que alectaron, foguearon y llevaron a revisar posiciones y a crecer sin prisa pero también sin pausa. En cambio en la Argentina, como bien señaló Chacho Álvarez, eso no existe. La Argentina ha transitado por otros andariveles, andariveles del centro, podríamos decir. Los dos grandes partidos nacionales no son de izquierda ni de derecha, sino que son —digamos— "nacionales", plantados en el centro y presentando según las épocas perfiles módicos de izquierda o de derecha. Eso representa un déficit para la Argentina. Nuestro relato —también en esto estoy de acuerdo con Chacho— debe mirar hacia el futuro y tratar de no retrotraerse a un pasado en muchos aspectos trágico y penoso. Pero es un relato difícil de construir. No puede ser un mero edificio intelectual. Y lo dejo planteado como problema porque efectivamente Kirchner ha tenido, como se ha dicho, la virtud de detener el proceso que nuestro querido e irremplazable amigo chileno y también alemán, Norbert Lechner, Hamaba el "proceso de desubjetivización", de "naturalización" de la política: al contrario, se ha vuelto a colocar a la política en una posición protagónica, y eso no es un mérito menor. Ello va acompañado, sin embargo, por el hecho de que

Kirchner no tiene, llamémosle así, un piso ni institucional ni partidario claro, tiene solamente su propia persona. Por cierto, su propia persona —encarnada en algunas de sus políticas— le ha grajeado el apoyo de la opinión pública, que es como decir el apoyo de la clase que opina, o sea la clase media, la aún vasta clase media de nuestras ciudades. Pero la clase media es volátil, cambiante, atenta a sus intereses inmediatos y mediatos más de lo que deja creer su ideología declarada. Y, por lo demás, Kirchner carece de ese otro polo institucional —el partido, las organizaciones políticas, el Parlamento— que contiene, da sentido a lo que dice y hace, y con el cual interacciona un líder. Está librado a su propia fuerza y a las influencias de aquellos a quienes consiente oír. Así es como, a veces, alardea de su fuerza más de la cuenta, mostrando la contracara de

esa fuerza aparente: su recóndita debilidad. Embelesa a algunos con ciertas declaraciones intempestivas e intransigentes, a la vez que, falto de referentes, se refugia en el pasado, en el relato "anterior", el de los años 70, o bien en consignas "malvinenses" que a veces elegimos padosamente no tener en cuenta. Acaba por desconcertar a quienes habían decidido confiar en él, a menudo más que en sí mismos. Ése, creo, es un problema de Kirchner, pero no debemos dejar que sea sólo de él; debemos asumirlo también nosotros, que no somos Kirchner. Y, en tanto lo asumamos nosotros, un nosotros ampliado —como el de esta mesa—, ese problema —o más bien la respuesta que le demos— habrá de repercutir también sobre el MERCOSUR que queremos y, en especial, sobre el futuro político de la izquierda democrática en la región. ♦

Cómo cubrir en la Argentina la vacancia de una izquierda democrática autónoma

Juan Carlos Portantiero

Antes de pasar a lo que ustedes quizá más pueda interesarles, que es entablar un diálogo con los panelistas, voy algunas breves ideas sobre lo que hemos escuchado en esta parte del coloquio. Creo que hemos sido testigos privilegiados de una jornada donde una familia ideológica —como aquí se mencionó—, integrada por dirigentes políticos en unos casos o por intelectuales sin filiación partidaria directa en otros, a quienes podemos rotular como de izquierda democrática, fue capaz de dar un cuadro complejo y completo de los desafíos que esta nueva realidad política de América latina y del mundo plantea a nuestros países. Lo digo por lo expresado en la primera parte del coloquio y también por ésta, mucho más directamente política, en donde tanto la trayectoria del PT brasileño, como se relata Marco Aurelio García, cuanto la experiencia del socialismo chileno

y de la Concertación Democrática que gobierna a Chile desde hace tanto tiempo, comentadas por Jaime Gazmuri, nos muestran las dificultades y también los éxitos que tiene una izquierda democrática que se coloca en la condición de gestionar gobiernos y transformar sociedades en momentos cruciales y difíciles como los que vivimos, sin perder de vista que el objetivo o la utopía presente es poder articular en el largo plazo el desarrollo económico, la distribución del ingreso y la calidad republicana de las instituciones. Es decir, es trépede sobre el cual se gestó y se desarrolló el que creo fue el mayor laboratorio de creatividad sociopolítica del siglo XX, constituido por las experiencias históricas de la socialdemocracia en las sociedades que más alto llegaron en el intento por combinar libertades públicas, justicia social y crecimiento económico. En el caso de la Argentina, al que hizo referencia Chacho Álvarez, y que también tomó lateralmente Emilio de Ipola, resulta

prematureo aún hacer vaticinios sobre su futuro inmediato, aunque se han abierto condiciones que permitirían avanzar en ese derrotero.

No voy a insistir con detalles sobre la cuestión, porque la intervención de Chacho Álvarez me representa absolutamente. Pienso lo mismo que él nos planteó a nosotros. Creo que efectivamente salimos de una crisis, de la peor crisis del siglo pasado, con un resultado que en cierto modo sorprende, en el sentido de que parecía poco probable que del colapso de finales del año 2001 iba a emerger, poco tiempo después, una situación de expectativa como la actual. Pero sucedió eso y, efectivamente, por circunstancias coyunturales, con un peronismo dividido en tres y con una oposición también fragmentada por la quiebra del radicalismo y del Frepaso, aquel candidato que menos parecía representar la continuidad del peronismo histórico, pese a haber sido ungido por Eduardo Duhalde, sin embargo fue finalmente el ganador de las elecciones. Es cierto que la defección de Carlos Menem impidió que el *ballottage* consagrara su legitimidad de origen, por lo cual desde el primer momento Néstor Kirchner encaró la tarea de tratar de construir una autoridad política que le diera sustento propio y que superara de hecho el *handicap* de haber llegado al gobierno con poco más del veinte por ciento de los votos. Y lo consiguió con mucha rapidez; primero, a favor de una verdadera sed de esperanza que



CARMELO ARDEN QUIN

precisaba la sociedad, sumergida en la crisis, y segundo, porque realmente implantó desde la gestión pública, al menos retóricamente, una redefinición de las relaciones entre la economía y la política.

Con esto quiero señalar que aquello que Kirchner trae o reafirma es que desde la autoridad que da la presidencia de la Nación, pueden inicialmente emerge liderazgos nacionales que se apoyen crecientemente en la opinión pública, aunque en principio no tengan sostenido político-institucional propio. Y eso es lo que sucedió, avalado por una cantidad de medidas tomadas al principio, que sobre todo tuvieron que ver con uno de los elementos del trípede que señalé un poco antes, con mejorar la calidad institucional pero también con una presencia argentina en los foros internacionales, económicos y políticos desde una actitud de mucha mayor dignidad. De tal modo, medidas que se tomaron con respecto a las Fuerzas Armadas, con relación a los cuadros policiales, especialmente medidas sobre diversos aspectos de la Corte Suprema de Justicia –que, creo, que es el punto en donde el gobierno llegó más lejos y más hondo en una línea de renovación institucional–, junto con una actitud firme en la renegociación de la deuda en *default*, fueron dándole al Gobierno y al Presidente una popularidad que aparentemente sigue expresándose en las encuestas.

Pero ahora se advierten algunos momentos de cierta enajenación, donde la forma en que el Gobierno reacciona va a ser decisiva con respecto al futuro. Esta es, efectivamente, la etapa en la que hay que ver cuál es el relato que finalmente construye el Gobierno acerca de su lugar en la historia política argentina. O se mantiene como una suerte de prolongación ideal, no material, de lo que fueron los episodios sentimentalmente considerados característicos de la década del 70 –no como forma de encarar la política en tanto partido armado, sino como solidaridad con una generación que luchó por ideales inconclusos que deben ser reideali-

cados–, o construye ciertamente un relato hacia adelante, que no menoscabe la mirada hacia el pasado, pero que no transforme esa mirada del pasado en su única justificación frente a la historia. Y me parece que el momento es particularmente delicado; es uno de esos momentos donde pueden marcarse puntos de inflexión. Entre otras cosas, porque la gracia de las popularidades crecientes suelen, al año o algo más, empezar a disminuir por razones puramente naturales. Y también, porque, una vez cumplidas las medidas iniciales y una vez advertida la opinión pública sobre cuál es el tipo de promesas que se efectúan desde el Estado, la expectativa pasa a ser el cumplimiento y la profundización de esas primeras medidas. Y eso habla de futuro, de proyecto de sociedad, aunque deba obligatoriamente cimentarse desde el presente y no tenga por qué olvidarse del pasado, necesariamente. Creo que la Argentina tiene una gran oportunidad a partir de esta coyuntura, abierta en 2003, pero pongo en la cuenta negativa una gran deuda por parte del progresismo. Porque está claro que no será a través de la proyección de una corriente interna del peronismo como podrá resolverse la problemática de la constitución de una izquierda democrática. La izquierda democrática tiene que constituirse de manera autónoma, y no para oponerse sistemáticamente ni para apoyar con actitud genúflexa, sino para ayudar a fijar una agenda nueva.

Y acá retomo exactamente los puntos que plantea Álvarez. Lamentablemente estamos en una situación donde cierta parte de la oposición de izquierda sobreactúa su cuestionamiento al oficialismo, y cierta parte de la izquierda popular, la que se mueve alrededor de la llamada transversalidad, sobreactúa su acuerdo con el Gobierno. Me parece que el lugar vacante, vacío, y que es un gran desafío para políticos y para intelectuales, es ese, el de la generación de un espacio ideológico y político para una izquierda democrática autónoma, que sea capaz de aprobar y acordar, pero tam-

bién de disentir con acciones del Gobierno y de proponer aquellas que éste, por alguna razón, no coloca como prioridad de su acción. Ese me parece que es el desafío, esta es la pata renga de los argentinos en esta mesa sudamericana, porque sin ninguna duda estamos bastante lejos de poder replicar las experiencias de los hermanos chilenos, de los hermanos brasileños y, seguramente a partir de fin de año, de los hermanos orientales.

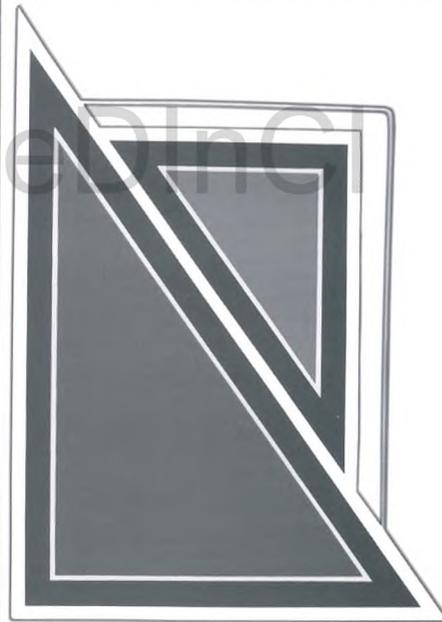
Bien, estas eran las generalidades que quería transmitirles, y a partir de ahora abrimos el diálogo. Les pido que formulen preguntas o comentarios breves y, si es posible, focalizados en alguno de los tres panelistas.♦

Pregunta del público

– Una pregunta para Marco Aurelio García. Entiendo que el pasaje del discurso y de la voluntad política que efectivamente, como decía Jaime Gazmuri, es importante por su propia continuidad y por su propia duración a través de los años, a la concreción de algunas instancias prácticas, es visiblemente complejo. Y digo complejo y no imposible, porque están dándose pasos innegables. Pero veo que en algún momento del panel anterior, estuvo planteado con mucha fuerza un problema de asincronía entre la realidad económica brasileña y la argentina. Y hay un punto que –para apelar a una palabra que se usó repetidamente, en el relato de la experiencia brasileña– remite a dificultades coyunturales y a un “programa económico de transición”. La pregunta es, justamente, si esa es la única explicación de lo que está pasando. Porque hay otra interpretación que considero verosímil, aunque no creo que sea justa, y es que en Brasil hay un sector dentro del propio Gabinete que alienta un nivel de ortodoxia económica que pone en dificultad la marcha del proceso de integración en esos aspectos. Solamente para ilustrar: cuando se discutía lo que después iba en llamarse Acuerdo de Copacabana, la prensa habló de algunos conflictos muy personalizados con el Ministro de Economía.

Marco Aurelio García

– En primer lugar: hay una sola posición del Gobierno. Hay, obviamente, opiniones distintas en su seno, lo raro sería que no las hubiera, teniendo en cuenta que estamos en la compleja situación que enfrentamos, pero puedo decirle con total responsabilidad que hay una sola posición, que es la decidida por el Presidente. Por suerte, o desgraciadamente –cada uno tendrá su punto de vista–, vivimos en un régimen presidencial fuerte, en el cual la palabra del Presidente, como posición del Poder Ejecutivo, es decisiva. Creo que hay un problema, y sé cuál fue la discusión, particularmente en el momento de la firma del Acta de Copacabana, como fue conocido el documento: se discutió mucho sobre la mayor o menor amplitud del acuerdo. Pero creo que el elemento fundamental –que quizá sea una culpa nuestra el no haberlo difundido totalmente– es el estado en el cual encontramos la economía de nuestro país. Era algo absolutamente terrible y eso tiene que ver con el tipo de transición que se puso en marcha. La elección brasileña suscitó una presión muy fuerte sobre la economía nacional, y eso se sumó a problemas estructurales de la política económica de los años anteriores. En el momento de la elección, después de ocho años de combate a la inflación, estábamos frente a una amenaza de inflación anualizada de 40 por ciento, con perspectivas de que fuera aun mayor. Existía una situación de descontrol cambiario y una vulnerabilidad externa que podía expresarse en un déficit de cuentas corrientes de 2 mil millones de dólares. Teníamos un riesgo país de 2400 y una tasa de interés de 26 por ciento. De tal manera, estaba armado un escenario de catástrofe. ¿Cuál fue la solución que adoptamos en ese momento? Hacer una transición pactada con el Gobierno, de manera que pudiéramos ir teniendo, no ya una situación de absoluta cogobernabilidad, pero sí cierto control sobre las decisiones gubernamentales en los dos últimos meses. Eso tiene un precio, el precio del compromiso político que se firma para garantizar el futuro. Porque



CARMELO ARDÉN QUIN

si también nosotros hubiéramos dicho que estábamos al borde de la catástrofe, la catástrofe se hubiera producido indefectiblemente. Muchas veces la gente dice que aplicamos la política de Cardoso, pero no es así, hicimos exactamente lo que Cardoso no hizo, porque si él lo hubiera hecho, habríamos tenido otra economía con otro tipo de país. Tuvimos que hacer una política tradicional, utilizando, incluso, instrumentos conservadores, y eso lo tenemos muy claro. Pero los resultados se hicieron sentir en un plazo relativamente breve. El riesgo país pasó de 2400 a 600, conseguimos estabilizar el cambio y tenemos una situación

incluso muy simpática, porque logramos una posición cambiaria de casi paridad con la Argentina, lo cual puede ser una buena base para una moneda única en el futuro. Redujimos la tasa de interés de 26 a 9 por ciento. Controlamos la inflación y la bajamos de 40 a 9 por ciento, y este año bajará a 6 por ciento. Pasamos de un déficit de las cuentas corrientes de 32 mil millones a un excedente de 5 mil millones. Y estos datos hablan de algo muy importante, no de medidas simplemente conservadoras, porque refiere a un problema vital del modelo, como es la vulnerabilidad del sistema. Es obvio que en todo ello tuvo un rol

muy importante el comercio exterior y probablemente terminemos el año con un excedente de cerca de 30 mil millones de dólares. El gran problema que afrontábamos era saber si eso iría a tener un impacto en un nuevo ciclo de crecimiento. En un primer momento el impacto fue muy modesto, en verdad, porque el año pasado no se traducían en términos de aumento del ingreso de la gente, que cayó, ni de disminución del desempleo, que aumentó. Pero ahora, los índices de los dos últimos meses, felizmente cambiaron. Sólo en el último mes tuvimos una caída de un punto de la tasa de desempleo, lo que es mucho, y advertimos ya los primeros síntomas de un crecimiento del ingreso de los trabajadores. Y más que eso, se registra un crecimiento de la economía que no está vinculada exclusivamente a los sectores ligados a la exportación, que obviamente están en un ritmo muy acelerado, sino que el crecimiento está animando al conjunto de las actividades, con un aumento de 25 por ciento en el sector de bienes de capital, lo que es un síntoma muy positivo. Pero quiero decirles que esto no nos tranquiliza, para nada. Porque sabemos que hay que articular las cuatro cuestiones que planteé antes: el crecimiento, la distribución del ingreso, la estabilidad de las fuentes de financiación del crecimiento y el resguardo de la vulnerabilidad externa. Y va a ser una carrera de largo aliento.

Pero querría concluir esta explicación con una pequeña nota, de carácter político. En Brasil sucedió algo muy interesante. En el primer año, la derecha política quedó absolutamente perpleja, no tenía ninguna expresión y no sólo porque tuvo un resultado malo en el Congreso, lo peor fue que se quedó sin expresión pública definida, se quedó sin brújula. Cuando, en los primeros tiempos hubo algunos problemas de gobierno, cuando se agravó la situación social y, sobre todo, se creó una perspectiva muy problemática en materia de crecimiento, parecía que efectivamente íbamos a entrar en una rutina conservadora. Entonces, esa derecha política creció un poco. Otra

cosa es la derecha económica; en el primer año de nuestra gestión estuvo feliz, por supuesto, porque, en principio, no se produjo la catástrofe ni tampoco nada de lo terrible que ese sector esperaba que ocurriera. Por el contrario, sus ganancias estaban garantizadas, y entonces Lula en cierta medida se transformó en un ícono de la derecha económica. Pero ¿cuál es el problema que se plantea en esa derecha económica? No piensen que se paraliza, porque siempre quiere más. Y si un día le entregáramos el cuerpo, seguramente más adelante nos pediría el alma. De tal manera, la cuestión fundamental del proceso de desestabilización que hubo se debió a que la derecha, en cierto momento, trató de atacar a sectores del Gobierno en los cuales identificaba el proyecto nacional, un proyecto distinto de aquellas medidas de transición, no un programa opuesto sino un pensamiento que fuera más allá, porque es obvio que Lula no fue elegido sólo para controlar la inflación, mantener una cierta tasa

de interés y establecer una determinada paridad de cambio. Lula fue elegido para transformar el país, sobre todo para realizar un gran proceso de redistribución del ingreso. Como esos sectores saben que una política de este tipo reduce sus privilegios, empiezan a atacar. Hay un chantaje permanente, por ejemplo, afirmando que hay sectores populistas en el Gobierno que quieren la vuelta a la inflación y acusaciones por el estilo. Me imagino que ese problema también existe en la Argentina, y seguramente, en la medida en que el gobierno de Kirchner continúe en una ruta de cambios económicos importantes, ese problema va a acentuarse. ♦



CARMELO ARDEN QUIN